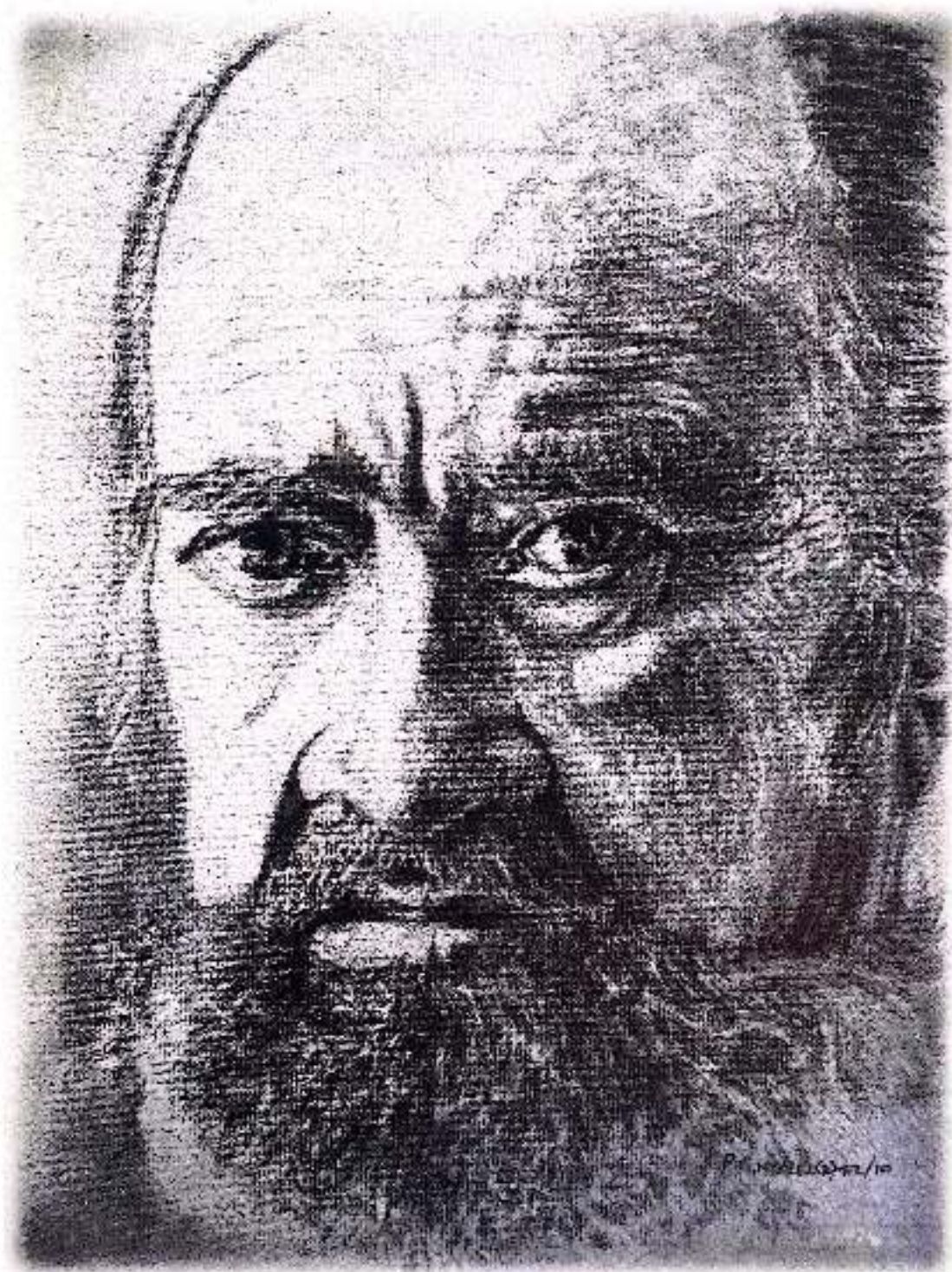


ISSN 0120-0216



# aleph



octubre/diciembre 2010, año XLIV

No. 155



ISSN 0120-0216  
Resolución No. 00781 MINGobierno



Ilustraciones principales de  
Pilar González-Gómez, originales  
para esta edición. Se incluyen otras  
ilustraciones cedidas por  
Beatriz Caballero

**Consejo Editorial**

*Luciano Mora-Osejo*  
*Valentina Marulanda*  
*Heriberto Santacruz-Ibarra*  
*Lila Master*  
*Jorge-Eduardo Hurtado G.*  
*Marta-Cecilia Betancur G.*  
*Carlos-Alberto Ospina H.*  
*Carlos-Enrique Ruiz*

**Director**

*Carlos-Enrique Ruiz*

Tel-Fax: +57.6.8864085  
<http://www.revistaaleph.com.co>  
E-mail: [aleph@une.net.co](mailto:aleph@une.net.co)  
Carrera 17 N° 71-87  
Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación: Andrea Beluncouri G.  
Impresa en Editorial Andina

octubre/diciembre 2010

# aleph

Año XLIV



# Tipacoque existe

Beatriz Caballero

*Y el nombre espeso, lento y extraño de Tipacoque... donde los hombres son buenos, transparentes y silenciosos como el agua... seres de carne y hueso que han matado y se han dejado matar por mis abuelos, y harían otro tanto por mí, no porque yo se lo mande, sino porque me quieren...*

*[De Tipacoque, estampas de provincia]*

**L**os tipacoques tienen nombre propio: Siervo Joya, la comadre Santos, don Bauta, Angelito Duarte, Resuro Pimiento, Pedro Roa, Soledad, la Redulja, Chepito, Saúl, Simiritana... De manera que Tipacoque no es una invención de Caballero Calderón, como la Mancha de Cervantes, o el pueblo de nombre impronunciable de Faulkner, Comala de Rulfo o Macondo de García Márquez. Todos éstos pueden estar inspirados en lugares y seres reales, pero Tipacoque es el único que aparece en el mapa. Es el último pueblo del norte de Boyacá que linda con Capitanejo, en Santander, en el cañón del río Chicamocha.

*Ref.: Beatriz Caballero. Papá y yo – Eduardo Caballero Calderón. Ed. Taurus, Bogotá 2004; pp. 77-91. Se reproduce con la autorización de la autora.*

## Un poco de historia

A mí como a todos los que lo han oído mentar, también me ha intrigado de dónde sale Tipacoque, fuera del vínculo familiar. En este caso, como en cualquier familia que siga su rastro

de padre a hijo, de hijo a abuelo, se cuenta la evolución del país, y esto es lo interesante de esta historia.

Tipacoque es la deformación de la palabra Zipacoque, la cual quiere decir en lengua muisca dependencia del Zipa. Reinaba allí una cacica, cuyo principado cobijaba toda la antigua hacienda con sus aldeaños, desde el Chicamocha hasta las montañas de Sátiva Norte y La Vega al camino de Onzaga. Cuando vino la Conquista, una partida de frailes dominicos la despojaron de su propiedad y edificaron un convento. De los frailes pasó la propiedad en 1580, a manos de la familia. Fue desde entonces la casa de los Tejadas. Allí nacieron y murieron en un lapso de cuatro siglos, hasta mi abuela; y aun cuando a comienzos de la Independencia muchos de ellos se establecieron en Bogotá, la hacienda siguió en sus manos, hasta la muerte de mi abuela, hasta mí, pese a que en mala hora la tierra se ha ido parcelando y vendiendo. Del inmenso fundo apenas queda la casa con unos cuantos tablones de caña y las lomas bravas y estériles, sembradas de cactus y de recuerdos.

[De *Tipacoque, estampas de provincia*]

Voy a agregar un poco de historia patria que he ido desentrañando a fuerza de leer y releer los libros de papá y *Soatá* del canónigo Cayo Leonidas Peñuela —quien a su vez recurre a historiadores anteriores y reconocidos como don Lucas Fernández de Piedrahíta. El libro está subrayado por papá cada vez que se menciona a algún Calderón.

Tipacoque era territorio chibcha poblado por unos indios mezcla de laches y muiscas con algo de raza caribe. Dependía del gran jefe Tundama que regía desde Tunja. El cacique o señor de Soatá ejercía dominio sobre las regiones de Chicamocha (hoy Capitanejo) y Boavita, al otro lado del cañón del río. Hay veredas de Tipacoque que conservan sus nombres chibchas: Ovachía, Babatá y Yutua (hoy Bavatá y Jutua). En la época de la Conquista llegó a esta región un hermano de don Gonzalo Jiménez de Quesada, atraído por un santuario religioso que tenían los soatenses al lado de la salina de Chita y llamaban la Casa del Sol. El nombre provenía del gran disco de oro que en lo más alto del adoratorio en dirección a Oriente, al amanecer, se veía reverberar al sol desde lejos. Pero los españoles no encontraron nada. Ya se había regado la noticia de la quema del templo de Sogamoso y los indios se escondieron. Después tuvieron tres enfrentamientos. Sólo en el tercero vencieron los indios, en 1541,

cuando Hernán Pérez de Quesada abandonó su puesto por irse a los llanos orientales en busca de Eldorado que tanto quería encontrar don Gonzalo, y dejó su gente bajo el mando de Gonzalo Suárez Rendón. En el segundo de estos enfrentamientos "...estaban a pique de ser muertos, cuando en su ayuda se arrojaron otros soldados no menos valientes, como fueron Paredes y Calderón".

Después de muchas luchas por esa región que va desde Tunja y Duitama hasta Onzaga, Soatá y Sátiva Norte, luchas en las que entró a participar personalmente el propio cacique Tundama, hicieron un pacto. Los indios terminaron por ofrecer obediencia y vasallaje al rey de España. Se les pidió que aceptaran "de buena voluntad" a los misioneros y la doctrina cristiana, si les parecía buena, y dejarse bautizar. En 1547 fue fundada la parroquia por Juan Rodrigo por orden del conquistador Hernán Pérez de Quesada. En 1572 Felipe II le concedió a la orden de Santo Domingo, como premio por sus "labores evangélicas en el valle de Soatá el dicho pueblo de Soatá, con los dos de Boavita y Chicamocha". De manera que el convento de Tipacoque se debió construir en ese tiempo, es decir, la casa con la capilla que ahí están.

En la casa hay un montón de escrituras guardadas en un antiguo sagrario. Se diría que las primeras están en árabe, dirigidas a sus majestades de España: son unos papeles de pergamino grueso y otros más finos, a punto de desleírse, escritos en tinta negra o carmelita con plumilla. Y, tal como papá lo cuenta, por ellas desfila la historia patria. Hay otras más recientes, de 1890, con letra Palmer, frentes y perfiles.

Hay en esas escrituras rúbricas y sellos de todas las épocas, testamentos de cuatro siglos, firmas de Tejadas autenticadas por funcionarios de Su Majestad Carlos V, o del sombrero Felipe II, o del liberal Carlos III; por notarios de la Corona, del virreinato, de la Patria Boba, del Estado Soberano de Boyacá, de la Nueva Granada, de la república de Colombia. Es una montaña de papel sellado, que mis abuelos debieron hojear golosamente muchas veces a la luz de una palmatoria, cuando la tempestad bramaba del lado del páramo y la procesión de los dominicos iba por el altozano, camino del Trapiche Viejo [...]

Dice el canónigo Peñuela: "En el curso del año (1860) menudeaban las guerrillas de uno y otro bando, procurando ofenderse cuanto podían. La de libera-

les de Soatá, encabezada por don Aristides Calderón y los dos Tejadas, Clodomiro y Temístocles y otros...”.

Al nombramiento de don Aristides en el gobierno de Núñez se quedan en Tipacoque sus hijos José Miguel y Antonio María, hermanos de la señora María del Carmen, mamá de papá. Antonio María es el que queda en la memoria de los tipacoques. Salía a la montaña y duraba por allá arriba más de quince días, con la comadre Santos a la pata del estribo con un canasto lleno de huevos para hacer pericos en cuanto rancho posaran. Tuvo un montón de hijos naturales, mientras su mujer se levantaba a las cuatro de la mañana a barrer los corredores de la casa. Cuando volvía, entraba hasta el cuarto montado en su mula, la única que lo aguantaba de lo gordo que era, hasta el día en que con ella se fue por un barranco. La hacienda de Tipacoque pasó de los tíos Calderones y Tejadas a una sociedad de familia que terminó manejando don Lucas Caballero, en cuanto yerno de misiá Ana Rosa Tejada, en los años treinta: así llega el apellido Caballero a Tipacoque. Él fue el primero en parcelar las tierras. Venía de gerenciar el Banco Ganadero, antecesor de la Caja Agraria.

Fundó un colegio agrícola, que al revivirlo por ahí en los ochentas, lo rebautizaron Colegio Lucas Caballero Calderón, ganándose los méritos Klim, quien poco fue a Tipacoque. Sólo una vez de castigo y otra de viejo; se la pasaba encerrado en su cuarto con la luz eléctrica prendida; salía por las tardes conmigo a pasear por el Camino Viejo. La sociedad de familia se disolvió hasta quedar únicamente en manos de los Caballero Calderón y del señor Efraín Sandoval, a quien don Lucas encargó de la administración de la hacienda, dada la incompetencia para ello de los jóvenes Caballeros, y quien adquirió la mitad de ella por unas escrituras de confianza. Tipacoque, pues, queda en el norte de Boyacá, en la provincia de García Rovira. Las provincias fueron una división geográfica del país en el siglo XIX que hoy en día ya no existe pero los de esa región seguimos llamándonos y considerándonos provincia, además, abandonada por el Estado.

Tipacoque queda muy lejos. Ya no es el mes de viaje que tomaba llegar en tiempos de la abuela, pasando por Santa Rosa de Viterbo, de noche por el páramo de Guantiva, yerto, a oscuras sin un alma ni un rancho, y que se quedaban a dormir en Soatá. Al otro día les sacaban caballos para seguir a Tipacoque ¿Por qué «hicieron» a Tipacoque tan lejos? —preguntaba mi hermana María del Carmen cuando la llevaron chiquitica durante catorce horas. Papá, no sé

bien cuándo fue por primera vez. Pedrito Roa, que todavía tiene un trapiche con bueyes, en las noches de molienda, con un solo bombillita de veinte bujías, me cuenta sus andanzas con el tío Lucas volantón cuando lo mandaron allá de castigo a ver si se ajuiciaba. Papá, de unos diecisiete años, fue allá donde se rompió la pierna, pero como dije al principio, no sé mucho de su adolescencia.

Tipacoque, el único pueblo liberal del norte de Boyacá, era un corregimiento que dependía administrativamente de Soatá, que era godo. ¡Ay de que se viera una camisa azul!, la única era la de mamá. Todas eran rojas o amarillas.

En torno a la casa, sobre el Camino Viejo y al borde de la carretera, que fue otro logro de don Lucas, fueron surgiendo casas y tiendas. No había luz eléctrica. Por el teléfono de manivela, de pueblo en pueblo y a gritos, las telefonistas se iban pasando la voz, hasta que al cabo de muchos ruegos se lograba la comunicación con Bogotá.

—¿Soatá? Soatá, Soatacita. ¿Sumercé no puede hacerme el bien de pasarme a Duitama? ... ¿Aló? ... Duitamita, sumercé, es que el doctor está afanado... ¿Que ensaye por Bucaramanga...?

La casa fue refugio de los liberales desterrados de Capitanejo. Desde el corredor de la casa en las montañas del frente se ve la vereda de los chulavitas. Durante los años cuarenta y cincuenta fue el reinado de don Efras, el administrador. Él sí era todo un gamonal. Don Lucas estaba muy viejo para ir, papá viajaba por Latinoamérica y el tío Lucas nunca iba.

En los cincuentas, cuando papá buscó allá refugio económico y espiritual con el estímulo de mamá, vivimos como dos años. Y escribió un segundo libro sobre Tipacoque: *Diario de Tipacoque*. “Cada vez que publica un libro, Eduardo le saca un corte a Tipacoque”, decía el tío Lucas. Puede que sí. Lo que no fue capaz de sacarle a la tierra lo escribió, y pudo hacerlo porque conoció a los tipacoques lo suficiente como para entender sus problemas, sus necesidades, sus pasiones y mitificarlos. Lucas no. Papá heredó esa autoridad natural que ejercían sus tíos y sus abuelos. La comadre Santos, madrina de Antonio, mi hermano, pero sobre todo de todos los tipacoques — tenía más de cien ahijados—, se acurrucaba al lado de la hamaca de papá a contarle sus cuentos. Dejaba encerrado en el rancho con candado a Resuro, su marido, para irse a la pata del tío Antonio María, colgada de la cola de una mula, de la mula que se resbaló en la quebrada y el viejo se mató, me cuenta

**Chepito, que no sólo es ahijado suyo sino que allá arriba en la montaña fue criado por la comadre.**

Yo creo que Santos ha existido siempre. Sería imposible determinar su edad, que ella misma, como el Padre Eterno, no sabe cuándo comienza. El pellejo de su rostro está literalmente surcado de arruguitas, y es un cuero seco, amarillo, que parece amasado con tierra del lugar: en las que se modelan también los chorotes, las ollas de natá y las cazuelas para la mazamorra. Los ojos, de una negrura extraordinaria, brillan gozosamente entre su nido de arrugas. Su nariz es tan simple como el mango de una cuchara de palo o el asa de una olleta. La boca, sin dientes, sabe sin embargo masticar tan bien como el hocico de una cabra. Es una rendija en la mitad del rostro, una arruga muy larga que tiene dos curvas maliciosas en las comisuras; y cuando se abre muestra alegremente las encías de achiote. Santos tiene el pelo negro, peinado en una pequeña trenza dura como un alambre, que le cae por la nuca. Finalmente, nadie podría determinar si Santos es flaca o gorda, porque su cuerpo está embutido en ocho pares de enaguas, y en el bolsillo del seno ella guarda una inverosímil cantidad de objetos que le deforman el busto: carretas de hilo, dedales de cobre, cucharas de palo, registros de santos, cuadros enteros —con su vidrio y su marco de latón— de la Virgen de Chiquinquirá, atados de “chicotes”, un frasco de linaza, un almanaque, una bolsita de lana con un puñado de níqueles, una botella de guarapo, un rosario de grucasas pepas de cerezo y una docena de huevos. Con su jipa redondo en la cabeza, su collar de mararayes, sus zarcillos de corales falsos y sus anillos de latón en los dedos, Santos parece acabada de hacer en una alfarería de Ráquira.

[De *Tipacoque, estampas de provincia*, “Mi comadre Santos”]

No quiero ni pensar cómo sería la bajada en guando de don Antonio María, con esos “repechitos” tan empinados que hasta los caballos lo piensan dos veces antes de trepar monte arriba, con los que papá sufrió tanto una vez que los tipacoques lo subieron a la montaña a cogote en una silla, porque él no pudo volver a montar a caballo, por su pata coja. A la bajada, decía, todo el peso recaía sobre el dedo gordo de Juan de la Cruz, que iba adelante... A mí una vez se me encalambraron las corvas y Chepito tuvo que ir a conseguir una bestia. Volvió al cabo de dos horas, porque en la montaña no hay casi “vivientes”.

—¿De qué viven?

—De tumbar palos. Los palos son robles de más de cien años, y mangles, amarillos, cedro rojo, cedro negro, limón, nogal, zapatón, encenillo...

—El bosque se llenó de colonos. No volvieron a pagar arriendo, talaron y se pusieron a sembrar. Pero esas tierras les dan una, dos cosechas, no da más, y entonces se siguen avanzando. Y lo están acabando.

## Diario de Tipacoque

El campo me enseña el valor de la paciencia y el precio de la lentitud... ¿Para qué afanarse si nada llega antes de tiempo y todo acaba por llegar? No por mucho trabajar ha de amanecer más temprano, dicen los campesinos viejos; ni por trabajar más de la cuenta se logra que los almácigos de tabaco se desarrollen más aprisa... la fruta caiga cuando aún hay flores en el árbol y las cabras y las vejas conciban sin estar en celo [...]

El campo me enseña también el recóndito ritmo de la vida, la oculta palpitación de la naturaleza, el pausado vaivén de la noche y el día, las menguantes y las crecientes, los veranos y los inviernos, los años buenos y los años malos, porque la tierra también trabaja y descansa alternativamente. A ese ritmo pausado y circular de la tierra se acomodan mi espíritu y mi corazón, quiero decir, mis pensamientos y el correr de la sangre en mis arterias...

[De *Diario de Tipacoque*, "Los ritmos naturales"]

Sobre este aparte del *Diario de Tipacoque*, don Luis de Zulueta, intelectual español que se estableció en Colombia, escribió en su columna en *El Tiempo*: "Es un libro singular que encanta como un poema, interesa como una confesión y apasiona como una novela".

Lo de ECC con Tipacoque es de sangre: le viene desde sus abuelos que, como dice el canónigo Peñuela, engrosaron con sus siervos las guerrillas liberales de la región, tenían cepo y ejercieron el derecho de pernada, pero también eran autoridad moral, la cual heredó papá como lo más natural no tanto para él como para ellos, que se lo siguieron exigiendo. Y liberal como era, y paternalista, parceló y cedió todas sus tierras, convirtió el feudo en municipio y desde su puesto de alcalde le dio el primer impulso democrático. Yo me atrevo

a pensar que en ese amor inmenso e indiscutible de papá por Tipacoque y por esos campesinos que le abrieron su corazón y le revelaron su mundo había una sombra de culpa. Heredada. Pero también, un amor por la sencillez de los pobres, que conoció desde la casa de su abuela con mamá Toya, que era de Tipacoque, y en el cuarto de la ropa blanca le contaba sus cuentos.

## Tipacoque en su tema

Después de *Tipacoque*, *estampas de provincia* y del *Diario de Tipacoque*, vendrán *Yo, el alcalde: soñar un pueblo para después gobernarlo* y *Tipacoque de ayer a hoy*. En *Siervo sin tierra* narra los avatares de un campesino por conseguir un pedazo de tierra, inspirado en Siervo Joya. Localiza en un pueblo que diríase Soatá *El Cristo de espaldas* y se vale de una intriga policíaca para contar la lucha entre liberales y conservadores y el horror de la violencia en esa región. *Cain* sucede en los corredores, la pesebrera y los patios de la casa. De Tipacoque sale la infinidad de artículos que escribió sobre los campesinos, el campo, el agua, los bosques, Boyacá, la carretera central del norte.

En Tipacoque debió de tener todo el tiempo para reflexionar sobre la política, los gobernantes, la guerra, la barbarie, el honor, el bien y el mal cosechados en sus años de trajinar como periodista y como hombre público; los cuales convirtió en *El nuevo príncipe*, *El breviario del Quijote*, *Cartas colombianas*. Porque esto siempre lo aclaraba él: escribía sus libros lejos del sitio que se los inspiraba. Los *Tipacoques* los escribió el uno en Lima y el otro en Madrid; *Siervo sin tierra*, en España; *El Cristo de espaldas*, en la sabana de Bogotá; *Memorias infantiles*, en París.

En saliendo de Tipacoque me siento vacío, como una iguana que cuelgan de la cola y según decía Marcos Lizarazo (que lo había presenciado alguna vez) no amanece entre el cuerpo porpapa que se escapa por las fauces [...] Digo, pues, que en saliendo de Tipacoque me sucede lo que al gigante Anteo, a quien se le marchitaban las fuerzas cuando alguien lo levantaba en vilo y le hacía perder contacto con la tierra, que era su madre, porque yo no aspiro más que a vivir y morir en la mía. Fuera de ella me siento angustiado, inquieto, triste, sin alientos, vacío...

[De *Diario de Tipacoque*, "Vivir quiero conmigo"]

# Un caballero andante por América

Armando Romero

**P**odríamos decir, sin temor a equivocarnos, que para un joven escritor o intelectual colombiano hoy en día la presencia o ausencia de Eduardo Caballero Calderón (1910-1993) dentro de las letras nacionales, es casi un tema sin importancia; es decir, que fuera de ser un autor que se menciona en los textos escolares, de allí no pasa a más. Pertenece Caballero Calderón a una generación de novelistas donde sólo sobresalen Bernardo Arias Trujillo (1903-1938) con su novela *Risaralda* (1935), y Eduardo Zalamea Borda (1907-1963), y su novela *Cuatro años a bordo de mí mismo* (1934). La prosa de Arias Trujillo, altamente poética y su novela de fuerte contenido violento, contrasta con la de Zalamea Borda, quien es uno de los pocos escritores colombianos que se atrevió a ir más allá de la forma tradicional de la novela, aprovechando bien los dictados de la vanguardia.

Pocos años después de la publicación de estas dos novelas, Caballero Calderón publicará su novela *Tipacoque* (1941), la cual es una visión idealizada de la provincia andina colombiana. Este libro de estampas provincianas prefigura la atmósfera ideo-



E.C.C.

lógica y estilística que vamos a analizar en *Suramérica, tierra del hombre*, libro de viajes publicado en 1944, pero escrito según el autor a finales de la década del 30.

Escritor tradicional por excelencia, Caballero Calderón afirma con su prosa y sus pensamientos, los valores que la sociedad colombiana sembró luego del proceso de independencia, y principalmente durante el siglo XIX cuando Bogotá se distinguió por nutrir una clase intelectual de gramáticos, filólogos y ensayistas, inmersos en una defensa de la corrección del idioma y un cosmopolitismo literario que alcanzaba el pensamiento francés, bien de moda. Caballero Calderón es hijo de esta tradición, y no sólo la adopta como escritor y pensador, sino porque le viene de clase social, ya que descende de familias patricias criollas, fundadoras de la idea de nación en Colombia. Es por esto que para este entonces, su visión de la vida colombiana está idealizada, no sólo por su adhesión al fervoroso “mundonovismo” tan presente en su tiempo, sino porque no podía ver que los cimientos de esta sociedad estaban corroídos por siglos de desigualdad social.

Es por esto que si abrimos este libro, no por las páginas iniciales, sino por las que nos llevan a su “realidad” colombiana, la ingenuidad de su pensamiento se hace patente. Veamos:

*Bogotá es una ciudad profunda y honradamente democrática. La libertad de juicio y el amor por las cosas intelectuales que ha venido cultivando desde hace cuatrocientos años, la resistencia a constituir núcleos y castas y la constante fecundación de la provincia, todo hace que Bogotá —como lo demuestra su historia— capaz de endiosar a un poeta, un orador o un gramático... (...). Todo en Bogotá se refiere a la libertad y hasta el orgullo social en las clases superiores siempre nace de motivos que se relacionan con ella.*

Para Caballero Calderón Colombia es un país realmente modelo en su proceso de mestizaje, que para él, fiel discípulo del pensamiento liberal de Vasconcelos, es la culminación de la identidad de América Latina:

*En Colombia se viene verificando sin sobresaltos la mezcla de las razas, al punto de que hoy no existen ni negros, ni indios, ni blancos, sino ciudadanos que tienen unos mismos derechos y en quienes está casi abolido el prejuicio racial.*

He calificado de ingenua, por excesivamente falsa, esta dirección del pensamiento de Caballero Calderón. Sin embargo, cuando revisamos otros apartes de su libro podemos ver que no es tan ingenua, y más, que este “locus amenus” colombiano es el resultado de una visión pastoril, utópica, de la realidad latinoamericana, la cual esconde un profundo prejuicio racial. En el prólogo a la segunda edición nos dice que “zonas humanas como la negra pura y la india pura representan un evidente lastre” para el desarrollo de estos países.

*Suramérica, tierra del hombre* es una crónica del recorrido por diversos países y regiones que hizo Caballero Calderón durante la década del 30, donde se combina con elegancia y cierta maestría el paisaje americano con la presencia de las ciudades. Estas enmarcan sus pensamientos con respecto al hombre americano, yendo de lo mulato en ciudades como Cartagena o Bahía, a lo indio en las cumbres andinas del Perú, a lo mestizo en las altiplanicies colombianas de Boyacá o Bogotá, al componente blanco en el cono sur, Buenos Aires, Santiago, y por cierto la presencia negra en Brasil. El paisaje es abrumador, de la selva al mar, a los desiertos, a las montañas andinas, a las pampas, a los inmensos ríos... Visto desde un ángulo que no tuviera en cuenta las circunstancias sociales que lo encierran, es decir, fuera del contexto de la realidad latinoamericana, es un bello libro dentro de la tradición “ficcionalizadora de la realidad” que inauguran Bernardo de Balbuena en “La grandeza mexicana”, el Inca Garcilaso en sus “Comentarios reales”, o Ercilla en su “Araucana”. Caballero Calderón quiere contribuir a la edificación del mito de lo latinoamericano, abrir una puerta a los ojos europeos (este libro está publicado en España) para que vean con ojos positivos una América en constante y feliz crecimiento. Lástima grande que esta “novela” de lo suramericano quiera ser una muestra de la realidad y no una obra de ficción.

He citado a tres autores fundacionales del mito del ser latinoamericano. Veamos entonces en detalle estas analogías con Caballero Calderón. Es bien conocida la calificación de Balbuena del indio como ser “feo”. Así, nuestro autor nos dice también, al hablar de los “selvícolas” como denomina a los indios de la selva americana:

*“Desnudos, feos, curtidos por el sol, se les ve pasar raudos en sus canoas, esquivos como bestias de monte”*. Trescientos años de diferencia entre estos dos autores y el patrón de belleza sigue siendo el mismo.

Al referirnos su visita al Cuzco, donde realza la majestuosidad de la antigua cultura incaica, siguiendo los pasos del Inca Garcilaso, no deja de añadir su nota hispana dominante:

*Uno de los mayores encantos de la ciudad del Cuzco nace de este símbolo de la casa española empotrada sobre el cimiento incaico.*

Más adelante, en su visión de Santiago de Chile, nos afirma que “el héroe de Chile es la nación chilena”, lo que nos remite al valor que Ercilla daba a los araucanos, forjadores de una nación de valientes.

Vuelvo a repetir que un libro como éste, tan cargado de estereotipos y de prejuicios sociales y raciales, no deja de ser un texto literario elegante y muy bien escrito, y a pesar de que estemos en profundo desacuerdo con muchas de sus asertos, no por eso dejamos de leerlo con cierto placer. Tal vez es esa satisfacción que suscita lo que nos desafía sin herirnos, lo que nos permite una respuesta digna frente a un pensamiento que se nos opone.

Revisando algunos de estos estereotipos encontramos esta alusión al negro que llega de África:

*Y entonces las iglesias y templos, las calles y las plazas, se llenaron de negros que traían del África su música, su sensualidad, su pereza y su alegría.*

Dentro de la idealización del mundo americano, no se le ocurrió nunca a Caballero Calderón pensar que el concepto de “pereza” podía deberse a la enfermedades, al maltrato, a lo infernal del clima del trópico, al exilio forzoso, a la profunda depresión que deberían cargar estos pobres seres desamparados de sus dioses. No, los negros son perezosos diría el amo español, criollo, y la expresión “trabajar como un negro” no tenía nada que ver, desde este punto de vista, con la “pereza” innata del negro.

Lo interesante de este libro es que en su busca de un pensamiento globalizante se torna contradictorio en sí mismo; las partes, en su afán de verismo y fidelidad a un pensamiento preconcebido, anulan el todo.

Veamos este ejemplo en la comparación del mestizo y el mulato, esas dos formas de hibridación que tanto llamaban la atención a un descendiente puro de castellanos como era Caballero Calderón:

*El mestizo es un hombre ensimismado, que ha trocado la sumisión del indio en dulzura hipócrita, y la inteligencia desprevenida del blanco en marrullería calculadora. El mulato es pendenciero, y el mestizo, torvo; el uno es ágil y vivaz, y el otro, calculador y lento; el primero es ardiente como un valle del trópico, y el segundo es frío como un páramo de la cordillera. Los dos son inteligentes, pero ninguno es capaz del esfuerzo continuado y ambos perdieron en la mezcla la tesonera voluntad del blanco.*

Como se puede ver, los fragmentos que citamos no necesitan glosas, ellos mismos son su propia crítica, y cargan en sí su explicación. Es por esto que al encontramos con la visión de Buenos Aires y de Río de Janeiro, ciudades majestuosas, con su ardiente población autóctona, pero plagadas de inmigrantes europeos, ellas se “abren sobre la tierra como flores tempranas de lo que será la América del porvenir”. Es admirable la confusa claridad del pensamiento de Caballero Calderón.

Y sin embargo, no todo está dicho. Hay un momento, cuando nos describe el mundo de la selva, en que la agudeza y la profundidad del pensamiento de Caballero Calderón nos sorprenden al máximo, casi de no creer lo que estamos leyendo. Veamos algunos ejemplos de esto:

*Pero en ella [la selva] hay algo más que la soledad angustiosa poblada de enemigos invisibles que acechan en la sombra y dan al hombre la medida exacta de su espantosa miseria; algo más que el sopor del mediodía que riega un veneno letal por todo el cuerpo, paralizando en el hombre el deseo de la acción; más que la melancólica desesperación de la tarde, cuando a la muerte del sol que se incendia y naufraga en un remanso del río se apodera del corazón una tristeza infinita y el sentimiento de la soledad se hace más presente y punzante, y es la predisposición al milagro y la tendencia mental a aceptar incondicionalmente lo maravilloso.*

Ustedes comprenderán que mi sorpresa fue inmensa porque recordé de inmediato este poema de Álvaro Mutis, titulado *Soledad*, y del cual cito:

*En mitad de la selva, en la más oscura noche de los grandes árboles, rodeado del húmedo silencio de las vastas hojas del banano silvestre, conoció el Gaviero el miedo de sus miserias más secretas, el pavor de un gran vacío que le acechaba tras sus años llenos de*

*historias y paisajes. Toda la noche permaneció el Gaviero en dolorosa vigilia, esperando, temiendo el derrumbe de su ser, su naufragio en las girantes aguas de la demencia... (...). Ni el amor, ni la desdicha, ni la esperanza, ni la ira volvieron a ser los mismos para él después de su aterradora vigilia en la mojada y nocturna soledad de la selva.*

Es obvio que Mutis debió conocer este libro en sus años de juventud en Bogotá, y especialmente si recordamos que fue el mismo Caballero Calderón quien lo llevó a trabajar en una publicación bogotana, en la década del 40.

Ahora bien, si leemos con cuidado la parte final del texto de Caballero Calderón que hemos citado, encontramos que lo “maravilloso” se manifiesta directamente como resultado de ese encuentro con lo “real”. Fue en 1949, cuando Alejo Carpentier en *El reino de este mundo* desarrolló la idea de lo “real maravilloso” que tanta fama le daría.

No podemos dudar que Carpentier conocía desde su publicación este libro, que circuló con mucho éxito por América y España.

Todo este capítulo del libro, titulado “El alma de la selva” es excelente. En uno de los pasajes, Caballero Calderón nos habla de las islas en los grandes ríos de la selva:

*La vida de las islas es maravillosa. Nacen, crecen remontan las corrientes de los ríos —es decir, navegan— y lo mismo pueden morir de una súbita inundación que transformadas en el fondo de una laguna. La forma un brazo que se desprende del río para reunirsele más lejos. La fuerza de la corriente va depositando limo, tierra, arena y detritus vegetales, en la parte de la isla que le opone un obstáculo y por la parte opuesta, el río le va lamiendo la cola, la va socavando, mordiéndola, o mejor, chupándola, de manera que la isla, comida por debajo y alimentada por arriba, remonta las aguas lentamente, y su movimiento de traslación puede ser apreciado en el curso de unos cuantos años.*

Más allá del tono sensual que encontramos evidente en este texto, la prosa de Caballero Calderón va a lo altamente poético, dándole vida a esas islas que

van por los ríos de la selva. Un paso más y estamos en lo “real fantástico”, o por que no, lo “real maravilloso”. Veamos esta cita:

*[El viajero] Acaba por confundir lo verdadero, lo que ha sido objeto de investigación por los sabios, con lo imaginario; lo objetivo con lo subjetivo y lo recordado con lo que es apenas un sueño. Si es verdad que existen plantas carnívoras devoradoras de pájaros e insectos, pues el viajero las puede ver adentrándose unos cuantos pasos en el bosque, ¿no será verdad también que el espíritu del río es una serpiente gigantesca que en los inviernos se sale de madre, devora cuanto topa a su encuentro, se alimenta de islas, brama como un huracán en los esteros, y al cabo, hastiada y harta, se acuesta a dormir a la orilla del río?*

Se podría argüir que estas visiones de lo fantástico ya estaban en la mente de los conquistadores y sus cronistas, que lo fantástico venía entreverado en la mentalidad medieval de los españoles y que lo mágico rondaba silvestre en la profusión de ritos y creencias religiosas de los indios y luego de los africanos. Y esto es cierto. Sin embargo, lo que torna interesante este texto de Caballero Calderón es que todavía no había sido incorporado a la literatura como fuente nutricia y fundacional. Necesitamos de la presencia de narradores como Asturias, Carpentier, García Márquez, Rulfo, y hasta cierto punto, Fuentes, para ver que estas ideas iban a fecundar en lo que se denominaría el boom de la novela latinoamericana. Y ya hemos citado a Mutis, quien prescindiendo de lo fantástico, nos lleva a lo real como parte de lo maravilloso, y Maqroll el Gaviero es portador de esa fiebre que bordea la demencia, es decir, lo que nos lleva al límite del sueño y la realidad. Debemos añadir como comentario a este fragmento que la idea de una serpiente inmensa, fantástica, está al fondo de los sueños alucinados de los bebedores de ayahuasca en el Amazonas.

Podemos concluir este breve análisis señalando el carácter de “caballero andante” de nuestro autor. A una realidad “ficcionalizada” por sus necesidades sociales y políticas, a su ser de la clase alta, se opone una realidad convertida hacia lo maravilloso. Podemos ver que en Caballero Calderón hay una obligación moral, más que una misión o un encargo particular, para emprender este camino por Suramérica, y su objetivo, fuera de ganar fama y honores, como es corriente en los escritores convertidos a caballeros andantes, es el de encontrar en la inalcanzable unidad de lo americano una respuesta a las contradicciones de su espíritu.

# España, el Quijote y Azorín viajan con Caballero Calderón

Juan Gustavo Cobo-Borda

“**L**a vida urbana no es sino artificio” dice Eduardo Caballero Calderón al iniciar su *Diario de Tipacoque* (cuadros de costumbres), 1950 y aclara antes: “En la ciudad el hombre se pierde y se desnaturaliza”. Aquí reside la primera paradoja, de las muchas que marcan y a la vez animan su tarea de escritor, pues ¿no es acaso la novela un producto propio de la urbe, de la polis, desde el *Satiricón* de Petronio hasta *La Habana para un infante difunto* como nos lo recordó precisamente Guillermo Cabrera Infante? ¿Y Caballero Calderón no se define, por cierto, como novelista, aun cuando haya sido también cuentista, ensayista, memorialista y autor de libros de viajes?



E.C.C.

“He visto que toda gran literatura es un retorno al campo, que es la soledad interior”, recalca Caballero, pero la soledad interior apunta más hacia la introspección de la poesía que al coloquio de voces y la puesta en escena que la novela propone. El interactuar de personajes en un acotado espacio verbal, llámese pueblo o conciencia. La columna periodística, gracias a las cuales compuso *Tipacoque*. *Estampas de provincia* (1940) y *Diario de Tipacoque* (cuadros de costumbres, 1950) puede

esbozar una figura, hacer un retrato, diseñar una situación, pero se agota y cierra en esa limitada cuadrícula de la página editorial o el suplemento literario. En ellas recalca una y otra vez la “discordancia”, “la incoherencia melódica” de las ciudades, y la conversión del campo en algo cómodo y urbanizado: Eso era lo que buscaba el ciudadano cuando iba a veranear algunos días, a la tierra de sus ancestros.

Pero Caballero se sentía, en verdad, hombre de campo, con los problemas de quien tiene hacienda, responsabilidad con sus trabajadores y compensación, en las noches con luz de vela, de reposar en la hamaca, contar estrellas y recordar algún poema. E incluso repetir una y otra vez que en el campo quiere morir, abonando con sus huesos el lugar que por siglos fue de su estirpe.

Pero en realidad, Caballero Calderón fue un producto típico de la industrialización de las ciudades, con su afán informativo en el radioperiódico y la prensa, quienes lo dieron a conocer y le permitieron vivir. Añora sin embargo un ámbito donde aún se da “la sinfonía campestre”, con sus acordes y armonías y en contra de la ciudad con esa “música sincopada y estridente que solo se alimenta del ritmo. El ritmo sin soporte melódico es puro ruido, es lo mecánico frente a la música que es libre y espiritual”. ¿En dónde ha nutrido Caballero Calderón esta filosofía? En Tomás Rueda Vargas, su maestro de niño, que como rector del Gimnasio Moderno, “Se apeaba de su yegua al pie de la escalinata que conducía a la sala de la rectoría” y a esa imagen de “tardes luminosas e interminables que parecían agonizar en la polvareda del camino real”, les añadía, en el recuerdo, “las recuas de burras cargadas de adobe o ladrillo recién cocido que cruzaban por los campos de juego”; tal como lo recordó en 1943 al hablar de este enamorado de la Sabana de Bogotá y de los avatares de la Independencia, con Bolívar a la cabeza. Porque Tomás Rueda Vargas lo que había plasmado y modelado en el espíritu de Caballero Calderón es su “paisaje interior”. Lo había hecho con “tono ligero”. Con “escepticismo fecundo” y “patriotismo fervoroso”. Y con inolvidables excursiones al campo, “colgados de la cola de una yegua subíamos la pavorosa cuesta por el camino de Yomasa a Cruz Verde”. Niebla del paramo. Helechos que chorreaban agua. Apego a la tierra. (Don Tomás Rueda Vargas en Revista de las Indias, Bogotá, 2ª época, tomo XVIII, julio- septiembre 1943, pp. 8-17).

Redondeo esta exaltación del campo en otro antecedente ilustre. Un artículo suyo en el suplemento literario de EL TIEMPO (domingo 23 de febrero de 1953) se titulaba: “Un español de siempre. La vejez de Azorín”. En pleno auge

de la novela existencialista y el teatro del absurdo él apela a pedagogos en mula y caminantes por las rutas de una Castilla reseca y atemporal: la Castilla del Quijote. Habla de ese prosista periodista que a los 80 años ha decidido no volver a escribir y recuerda su frágil silueta por las librerías de viejo de Madrid, en busca de infolios perdidos, de ediciones agotadas, de palabras ya en desuso. Pero también rememora- y son sus palabras: "el pintor maravilloso, el detallista cuyas páginas nos recuerdan los lienzos de los grandes maestros holandeses que se complacían en la copia y el retrato de interiores". Las pequeñas cosas. "Lo atrae el toque humilde y revelador que pasa inadvertido para el resto de los caminantes". El tiempo sobre las cosas. Azorín recorre a pie los pueblos de la llanura castellana, sus murallas vencidas, sus plazas desiertas, sus casinos donde aun conspiran cura y hacendado, notario y alcalde, los pasos del Quijote, siglos después, y nos ofrece así un mundo inmóvil. Sencillez, claridad, minuciosidad, y la "perla inesperada de un vocablo viejo y sabroso que brilla entre las palabras comunes y corrientes". Concluye: "La prosa de Azorín tiene como la capa de polvo que se adhiere a las cosas el poder de levantarse de pronto e irisarse al sol de la poesía, creando una ilusión admirable que raras veces podemos encontrar tan lograda en otros estilistas de España". Azorín fue el punto de referencia. Era la mirada aguda y la prosa seca para reedificar un mundo que se había venido abajo. La épica del Cid, Don Quijote a caballo y Sancho en burro, los místicos y el teatro barroco, la pérdida del imperio y la España invertebrada. Ella solo subsistía, sin un propósito común, entre inmensas dehesas improductivas para el disfrute de la caza entre los aristócratas. Hambre y la iglesia imponiendo resignación. Una y otra vez podemos encontrar tales ideas, reiteradas en su centenar de libros, compuestos de pulcras páginas aparecidas en los periódicos. ¿Servía todo ello para mirar a Colombia? Así lo creía Caballero Calderón. Así lo proponía Alberto Lleras Camargo, periodista extraviado en la política, como lo definió Gabriel García Márquez cuando en junio de 1973 recordó a Azorín en estos términos. Habla de su estilo "sobrio, sencillo, humilde, presuntuosamente humilde". "Azorín para pueblos que se habían educado oyendo sermones y homilias apasionadas y amenazantes y discursos parlamentarios inocuos y sonoros, era la novedad que el mismo no debió sospechar nunca. Pero como ha evitado de daños y deslizamientos posteriores". Lección de contención y limpieza, en donde asomaba una España que los propios españoles habían destruido sistemáticamente. "Cortados sus árboles, cegadas sus fuentes, y tornada amarilla y cruel, de ver-

de y amena". No era más la España de las huertas árabes y los arcaduces rumorosos sino la España de hierro y polvo. De honor y cruzada en pos de la reconquista. De subirse a los barcos, tras el Nuevo Mundo, y sus Dorados, pues con sembrar en Castilla a duras penas se podía fingir un magro condumio al día. Había que dar voces y alquilar la espada al mejor postor, tornándose soldado de fortuna en los tercios de Flandes o el saco de Roma. Con la invocación a Dios o al apóstol Santiago en la boca, entre blasfemias y plegarias. José Ortega y Gasset, al comentar en 1912, un "nuevo libro de Azorín" dirá: "El arte de Azorín consiste en suspender el movimiento de las cosas haciendo que la postura en que las sorprende se perpetúe indefinidamente como en un perenne eco sentimental. De este modo, lo pasado no pasa totalmente. De este modo, se desvirtúa el poder corruptor del tiempo". (Obras completas. Tomo I, 1902-1915, Taurus, 2004, p. 536).

La España inmóvil, preservada en las viñetas atemporales de Azorín, la cual Caballero Calderón pretendía afin a su Boyacá sin agua y amodorrado entre una historia épica, que se degrada en la comercialización del turismo, o se olvida en la rutina de la pedagogía, si tenía un presente: aquel donde los jóvenes, si no consiguen puesto público ("una corbata", "un enchufe", "una chanfaina") solo aspiran a manejar camión o bus para irse hasta Venezuela. "Los mocetones de la generación del automóvil, que ya trocaron la manta de Samacá por el dril de Fabricato, el jipa pastuso por la corroasca mexicana y las quimbas de Santander por las botas de la Corona". Por lo menos, la vestimenta había cambiado, mientras la radio atronaba con corridos mexicanos. La lección de sobriedad de Azorín encierra otro mensaje para Caballero. Él, como el maestro, era también "un insatisfecho, un decepcionado, tal vez hasta un revolucionario larvado". Que veía como hambre y orgullo no se llevan bien, hasta estallar en la sangrienta revuelta. Guerra civil española. Violencia partidista colombiana. Bajo un cielo inmóvil esos pueblos aparentemente atemporales que habían levantado las prosas de Azorín y Caballero Calderón se cuarteaban, deshacían y erosionaban bajo la nivelación homogenizadora de los nuevos tiempos, trátase de la violencia desplazando a los moradores, trátase de los emprendimientos industriales, al alterar el medio ambiente, trátase de la soñada carretera, con su cambio de rutinas y hábitos.

Cuando el 15 de enero de 1996 Mario Vargas Llosa entró a la Real Academia Española de la Lengua su discurso de orden verso sobre "Las discretas ficcio-

nes de Azorín". Allí donde observación y fantasía, diario de viaje y reportaje periodístico, cubren, en redescubrimiento crítico, rutas milenarias y pueblos que censó Cervantes en el Quijote. Puerto Lapice, campos de Montiel, Sierra Morena, la cueva de Montesinos y la insula Barataria, donde ya realidad y ficción se funden y confunden. Donde la prosa de Azorín, al suspender el tiempo y evitar la muerte, congela la vida: la torna literatura. Conserva y mantiene, relejendo siempre los clásicos. Los clásicos redivivos. El oasis de los clásicos, como indican dos de sus títulos. O Lope en silueta, como señala otro. Tal la escuela de Eduardo Caballero Calderón, nutriéndose de esta tradición de clásicos y modernos, sean españoles o colombianos. Cervantes, Santa Teresa o Marco Fidel Suárez, quienes vuelven a decirnos lo de siempre, el ciclo que se renueva, y también la pasmosa sorpresa de encontrar en lo vetusto la clave imprevista del día de hoy. El ritmo inalterable "el cual, como todo en el campo, llega con la Virgen del Carmen y se va con la Asunción de la Virgen. Los deshielos del nevado en el mes de enero, las elecciones de marzo, los lirios de mayo, las moliendas de julio, el viento de agosto, las fiesta religiosas de diciembre, todo muere y renace alternativamente", dirá en su capítulo-artículo llamado, por cierto "Nota sobre los ritmos naturales", de su Diario de Tipacoque.

Un mundo de tierra y campo, de adobe y barro, de la tapia pisada, el chusque y el bahareque. Un mundo de ruana de lana cruda de oveja y alpargatas santandereanas. De agua para luchar contra la erosión, donde se siembra trigo, tabaco y caña, con derecho a molienda en el trapiche de los comuneros, para fabricar así la panela. Un mundo aislado, y en cierto modo autosuficiente, donde la cría de la vaca, el sebo de los marranos, los huevos de la gallina, la coca para los dolores, y los plátanos del solar, pueden integrar una dieta que asegura la subsistencia. Pues "aquí se vive tan a compás del cielo, de la tierra y el árbol, que debe ser una dicha morir". Por ello la conclusión sería escueta: "La patria son cuatro cosas: la religión, la lengua, la tierra y la libertad".

Pero su verdadera patria será en realidad los libros. Su bien nutrida biblioteca, que le permitirá escribir en 1947, con motivo del IV Centenario del nacimiento de Cervantes su Breviario del Quijote, "el autor dedica a España este libro, que fue engendrado en Colombia y vio la primera luz en Castilla". Un breviario sobre un libro que anda y un libro que conversa. Un libro de viaje, en el camino, de seres transitorios, en diálogo inacabable. Libro de humor, donde el personaje no anula a la persona, y la incongruencia entre sus anhelos y sus pedestres

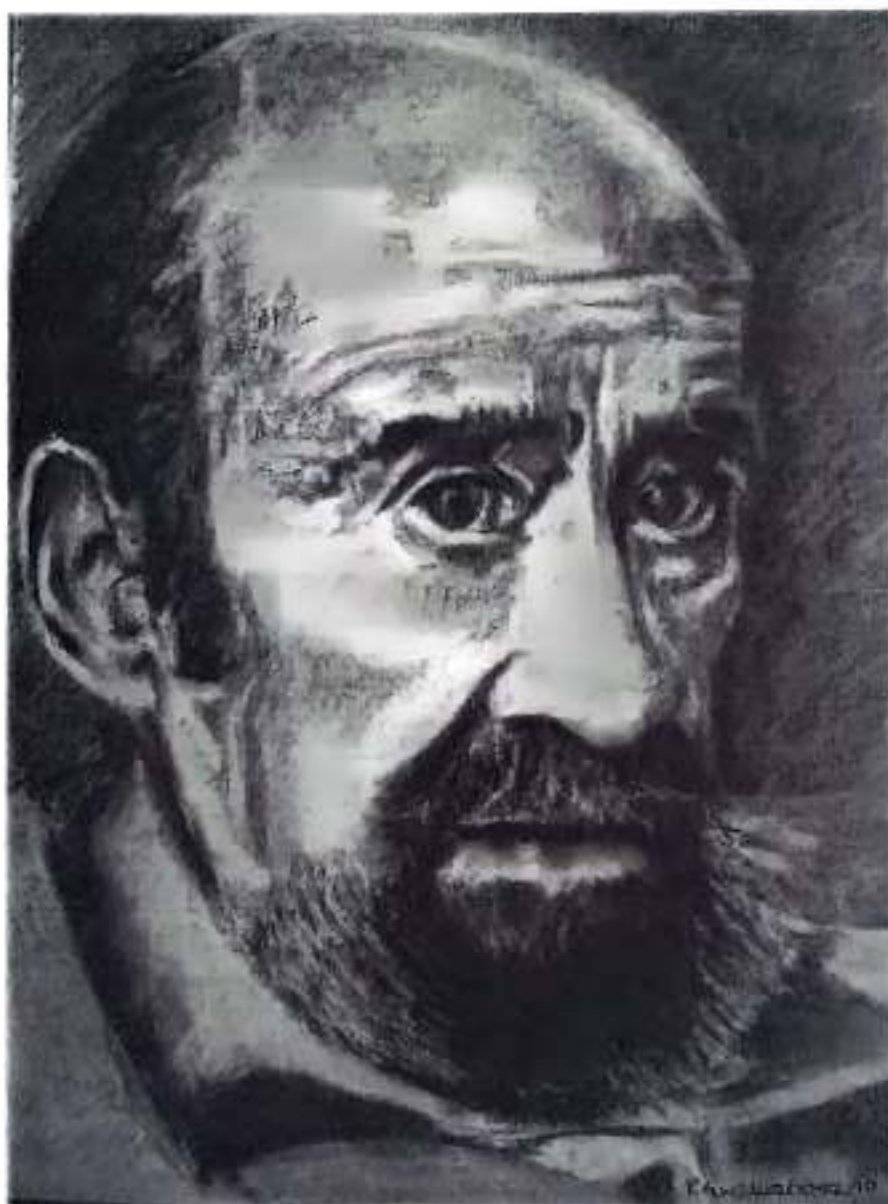
realidades termina revirtiéndose sobre el autor, Cervantes. Ese mal poeta, soldado que pierde un brazo y termina preso, funcionario que acaba en la cárcel, por malos manejos o peor suerte, y que abruma al Rey, la Corte y los Tribunales de Indias con memoriales y peticiones, pidiendo plaza en Cartagena de Indias, como contador de galeras, o simple escribano en ese, pobre y rustico “pueblecillo” llamado Santa Fe, en el Valle de los Alcázares del Nuevo Reino de Granada. El Quijote, exaltado como la Biblia del hombre español, se torna autobiográfico en Caballero Calderón al explicar este, por contraste, sus preocupaciones de entonces como novelista suramericano. Una de ellas es la referida al paisaje, a como en el Quijote no llueve nunca y el viejo sol hiere todas las cosas, sin atenuarse en ningún momento. “La Mancha es una estepa caliza, un espejo asoleado, un yermo brufido por el verano. Los hombres son allí secos y retorcidos como raíces”. Y concluye: “Todo se marchita y agosta bajo el sol” (p. 79).

En cambio, en el Nuevo Mundo, las cosas son a otro precio. “La hipertrofia del paisaje que se observa en la literatura hispanoamericana la sufre, en realidad, el hombre de este continente, a quien, por otra parte, la humedad y el calor le han descompuesto el hígado”: La lectura del Quijote y el análisis en 300 paginas que hace de su estilo y características, de sus mujeres y la idiosincrasia de su autor, del anarquismo español y el ideal caballeresco, torna a enfocarse sobre Boyacá y a mostrar el curioso mecanismo por el cual el ansia de los conquistadores por salir de su terruño español y precipitarse hacia nuevos horizontes, con sed inextinguible, solo se detiene cuando empiezan a recordar lo que dejaron atrás. Esa España no tenía reposo alguno, representada en un libro de aventuras, cuyos ideales eran el honor y la justicia. En un caballero andante, tras su soñada dama, Dulcinea del Toboso, que desface entuertos y busca la gloria postuma.

Por ello, Caballero Calderón viaja con el Quijote en mente para encontrar su Boyacá. La literatura, al vencer el tiempo, se hace dura, terca y cambiante realidad para cada lector que la hace suya, a su arbitrio, y encuentra en ella las letras que son alfabeto personal. Su manera de descifrar el mundo y encontrarse con su rostro en tal espejo.

Porque como en el consejo que da Don Quijote a Sancho Panza: “Has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que pueda imaginarse”. A ello contribuirá ese sedimento de

las edades donde el haber sido condiciona al seguir siendo, y que tanta angustia produce en los pueblos nuevos, “sin tradiciones y recuerdos”, que por no haber sido, no saben cómo habrán de ser. “Las cosas se humanizan porque envejecen” dirá en *Ancha es Castilla* (1950). Heridas y cicatrices de la historia española serán su forma de crearse un pasado para entender su Boyacá y la obra y carácter de Bolívar.



*Pilar González-Gómez*

# “Ancha es Castilla, guía espiritual de España”: de la mano de Dios y con los ojos del Imperio

Manuel Cortés-Castañeda

**C**oncebido quizás como un libro de viaje, este texto carece de los fundamentos para ajustarse a esta entidad literaria. Y aunque habla del viaje, se ve perfectamente que es un viaje delineado detrás de un escritorio, o alimentado por el conocimiento, más que una experiencia de primera mano. Excesivamente descriptivo, especulativo, hiperbólico, tautológico. Algunas veces paradójico, contradictorio y simplista. Hay en este libro una proyección de un conocimiento libresco y académico de la cultura española combinado con una idea teológica de convento. Caballero, más que mostrarnos una realidad viva, lo que hace es ajustar dicha realidad a su conocimiento de los textos literarios y la teología cristiana. Será por lo mismo que nos dice al principio del texto que “...*Las imágenes que el hombre se forma de las cosas muchas veces no coinciden con ellas*” (15). Indudablemente que también, hay en este texto una gran capacidad descriptiva y narrativa con exaltaciones poéticas y pseudo-místicas que de momento fascinan. Además, un análisis de la realidad americana partiendo del barroco y el gótico español que antecede en contenido y forma todas las ideas que posteriormente se consolidaron en torno a tendencias literarias tales como el realismo



E.C.C.

mágico, lo real maravilloso, y lo que posteriormente se llamó el nuevo barroco americano y neo-rococos. Igualmente un conocimiento de la lengua tal, que sorprende y obliga a la lectura, pero falta la mirada analítica, la distancia crítica, la premisa final. Y cuando Caballero abandona su agenda personal y quiere evaluar, argumentar, ir hasta el fondo del meollo, o se queda a medias apoyándose en sus gustos personales, o simplemente recurre a una solución simplista o reduccionista. España es para él en esencia la literatura y la cultura castellana y su catolicismo piadoso y recalcitrante. La otra España, la negada y maltratada por Franco, sólo tiene razón de ser en la medida en que se abre al “genio” de Castilla. Es extraño, pero más que extraño me parece a mí que es una omisión imperdonable, que de la España franquista no aparece en el texto una sola línea (estuvo en España del 46 al 48 por primera vez y regresó en el 53). No sé si esto es debido a cierta ceguera política, su condición de diplomático, o sencillamente a que siempre por encima de la realidad política y social para Caballero, al menos en este texto, está la realidad literaria y religiosa junto con su conocimiento de la vieja España y de sus gestas de imperio. La primera edición del libro se hizo en 1950-1 en Colombia. Se publicó en España por primera vez en 1967. En la edición de 1966 agregó dos capítulos, pero nada que pudiera aclarar este vacío a mi ver imperdonable.

Hay cierto inmovilismo en su percepción de España y su manera de entenderla y asimilarla y describirla. El autor no percibe la sociedad y su historia como una dinámica continua, con sus altibajos (adelantos y retrocesos), sino como una colección de imágenes, situaciones y visiones congeladas, que han quedado ahí, ajenas al paso del tiempo, como piezas de museo y de lo cual todavía se nutre lo más importante de la cultura. Hay un afán por demostrar que nada puede ser ni tiene sentido sin el pasado, sin la presencia de dios y ciertas referencias de tipo literario, arquitectónico, existencial. Como si lo único que el autor quisiera fuera que esa España, para él ideal, se congelara o se eternizara en el tiempo, convirtiéndose, por lo mismo, en arquetipo, en imperativo categórico, en una facultad ineludible y esencial. De ahí que a través del texto se enfatice de diferentes formas la idea de carácter, identidad nacional, sangre castellana. Una manera de ser español, que él compara con la levadura indispensable y eterna que alimenta los otros pueblos de la península y, por extensión, u obligación histórica, a América latina. Levadura que hace del español y de sus obras, una entidad diferente de cualquier otro pueblo. Y no sólo diferente sino superior, debido a su “gracia” y a esa capacidad que tienen los

castellanos de ser siempre lo que quieren ser, o de afirmar lo que son como lo único indispensable, incluso si para ello tienen que recurrir a la dramatización de su propia existencia o deseo. Calderón matiza y reitera hasta la saciedad, como algo de un valor incalculable en la historia de la cultura occidental, ciertos estados de comportamiento asociados con el “espíritu” castellano: el orgullo, el heroísmo, la vanidad, la hidalguía, el honor y “*esa trágica voluntad de ser cada uno según su propio sexo* (144)”. “*Los españoles son como quieren ser y comienzan por creer que son como parecen. Cada madrileño aspira a encarnar su propio ideal, por lo cual representa un papel no ante los demás... sino ante sí mismo... El madrileño es el único hombre que realiza el ideal de ser como quiere y tiene por lo mismo una orgullosa concepción de su importancia sexual* (143). “*El español no tiene tiempo ni interés de reflexionar sobre sí mismo y se solaza con su propio espectáculo*” (145). Es fácil ver que este texto es paradójico y contradictorio en sí mismo, pero especialmente irracional y simplista. Entendemos que el ser es *único*, porque no hay nadie igual a otro, pero igualmente *uno* porque todos somos de la misma especie. Así que estos juicios descabellados se podrían aplicar a cualquier hombre o a cualquier pueblo. El problema está, sin embargo, en que este tipo de exaltaciones infantiles e irracionales pueden llevar a apologías de carácter nacionalista y ya todos sabemos en qué termina la exaltación del carácter, la personalidad, la raza y la sangre. Leyendo este texto, uno tampoco puede dejar de preguntarse qué pensaría Caballero de su idea de lo “español” y de España si hubiera tenido la oportunidad de ver lo que está pasando hoy en día con los problemas de las autonomías, la segregación, el nacionalismo, y las identidades en el contexto de la sociedad “española”. Además, de la violencia de género que se ha convertido, si es que no siempre ha sido así, en una plaga difícil de digerir.

La religión católica, desde su punto de vista, entonces genera y crea una visión de la arquitectura que sobrepasa cualquier idea o concepto anterior de la misma. Para Calderón hay un modelo de modelos, que es el modelo ideal, y que sincroniza a la perfección en la cultura castellana y su entelequia católica. La arquitectura, a su parecer, al servicio de la idea cristiana se encumbra a sí misma y se hace trascendente, se espiritualiza, ya que el sentimiento o espíritu cristiano la justifica o le da una verdadera razón de ser. También al arte. La arquitectura solo se cristaliza, se libera del peso de la razón y las “*matemáticas*” y se define, en la medida en que se convierte en el cuerpo de dios, la casa

de dios. La arquitectura más que arte y una manifestación concreta del poder del hombre, y su temor a la intrascendencia, es para él, *“un cuerpo palpitante y atacado de impulsos vehementes”*. Y no como en los romanos, *“un armazón jurídico, un curso de matemáticas”* (41). La arquitectura católica es arquetipo de arquetipos, la idea platónica por excelencia hecha realidad, una entelequia inspirada en-y-por-y-para dios, y fraguada a la medida del cuerpo divino. Algo muy parecido a *La ciudad de Dios* de San Agustín. Frente al gótico cristiano y el barroco castellano, la arquitectura romana, clásica, neoclásica, e incluso la moderna y posmoderna, como extensión de las anteriores, no son más que *“primitivismo, “arcaísmo”*. Primitivismo que Caballero define como la fuente de la técnica, el desarrollo de la ciencia, *“la norma jurídica”*. Todo carente de *“espiritualidad”*, aunque *“inteligente”*, pero por lo mismo *“infantil”*. Al contrario, *“Las torres y las catedrales y las abadías romanas y góticas (las construcciones de los templarios, el Parral, el Alcázar) son el resultado de una fe colectiva que humanizó la piedra y ablandó sus contornos”* (42). Este tipo de opiniones o especulaciones más que producir cierto malestar emotivo incitan a la risa espontánea. Hay algo cómico en todo esto. Y como ya dije un reduccionismo rampante y simplista que deja sin piso a lo positivo que puedan tener algunos de sus juicios. Calderón parece desconocer que una idea, una teoría, un cuerpo de conocimientos, sólo se reafirman en sí mismos entre más los sometemos al análisis y a la negación y no a la aceptación por simple elección personal. Y es que para Calderón la fe y su espíritu católico siempre tienen la última palabra, incluso cuando se trata de cosas puntuales y tangibles.

Por otra parte, cuando aborda el tema de la mística castellana, con la que se siente sin ninguna duda identificado, y por la cual siente un profundo sentimiento de pérdida, habla de esta como una *“aventura del espíritu, necesidad de escaparse de una realidad burocratizada”* (67), lo cual tiene sentido. Pero este argumento, en la medida en que Caballero trata de profundizar sobre el asunto, queda atrás o se diluye dando paso al ideal católico como fundamento de la misma. Por una parte Calderón parece olvidar que los místicos reaccionaron contra el espíritu burocratizado de la iglesia y, por la otra, hace de la mística un producto opuesto a la vida, o que sólo es posible como negación de la misma. Cuando la mística es precisamente la reafirmación de la vida en lo más profundo de sus pasiones y deseos. La mística –dice– *“es una sublimación del ansia de aventura, y la transcripción al universo del espíritu, de una*

*ambición terrenal que no puede satisfacerse en este mundo (67)*. Al contrario, la mística es una forma espiritual que se apoya en actitudes que no son viables de categorizar, y muchas veces en el lenguaje, para satisfacer de otra forma las pasiones de este mundo. De ahí que algunos de sus estados más recurrentes sean el éxtasis, la contemplación y la conciencia del dolor y el sufrimiento. Caballero, mostrando un rotundo desconocimiento de lo que subyace en el fondo de toda mística, por ejemplo, le parece inadecuado y profano el retrato hecho por Bernini de Teresa de Ávila. Y se duele que no hubiese sido El Greco o Zurbarán los que hubiesen pintado a la santa. Bernini es para él “*un artista demasiado sensual y prosaico para que pudiera interpretar el modelo que fue Teresa (66)*”. Además arguye de una forma casi infantil y demasiado emotiva que Bernini, “*aunque dedicado a adornar los altares de Roma, ardía en el ara de los templos paganos (66)*”.

Igualmente Caballero desconoce o no quiere aceptar la deuda que la mística española tiene con la poesía mística/erótico/sensual árabe y el espíritu judío. Lo mismo que la cultura árabe en general. Cosa entendible en un hombre que todo lo ve desde la perspectiva/prisma del catolicismo, pero lo cual no justifica su desconocimiento del tema como intelectual ya que cuando él escribió este libro, a pesar de la censura franquista, ya se tenía conocimiento y se había escrito copiosamente sobre este encuentro o influencia sustancial.<sup>1</sup> Cuando uno lee con detenimiento las ideas que Calderón tiene sobre el fenómeno de la mística española, se entiende inmediatamente el subtítulo de este libro: *Guía espiritual de España*. La palabra *espiritual* no se maneja en el entramado de sus especulaciones cuasi-teológicas en su sentido amplio. *Espiritual* para él, es más algo que sólo se justifica dentro de las normas o el canon de los ideales católicos. Así que la mística más que un camino de encuentro con lo más profundo del ser a través de la renuncia y la pérdida del yo, no para negarlo si no para reafirmarlo en otras formas de ser y de sentir, para Caballero no es más que parte de la Teología cristiana demarcada por la Patrística y la Escolástica, a pesar de que él mismo muestra reticencias por Santo Tomas, sus epígonos y los padres de la iglesia. El hombre en cuanto tal, no tiene ninguna posibilidad de lograr algo trascendente en

<sup>1</sup> Un ejemplo creo que es suficiente para el caso. El libro de Don Américo Castro, *España en su historia: Cristianos, moros y judíos*, se terminó de escribir en los Estados Unidos en 1946 y se publicó en Argentina en 1948. En España fue prohibido por la dictadura de Franco. Posteriormente (1983) publicado con el título *La realidad histórica de España*.

la vida, sino renuncia a su condición humana. *“La realidad admite grados que corresponden al desarrollo de esa intuición de la única voluntad eterna y presente que es dios (70)”*. Y no solo eso, caballero personaliza sus arrebatos místicos y manifiesta que se siente vacío e insignificante por no haber tenido la oportunidad de nacer en tierras castellanas. Lo que le hubiera permitido quizás, como a Santa Teresa, ser un Santo. *“Peregriné entonces por esos lugares santos, que he llegado a amar como si en ellos hubiese vivido (71)”*.

En este libro hay algo que igualmente me gustaría destacar. La insistencia y recurrencia de Caballero en las ideas de la Ilustración (Inglaterra/Francia) encarnadas en el buen salvaje de Locke y sobre todo de Rousseau y otros de sus contemporáneos.<sup>2</sup> Nada extraño si pensamos por un momento en la novela de su autoría que lleva el mismo nombre. Apoyado en estas ideas de un ser puro, espontáneo, ideal, virtuoso, amable, ingenuo, confiado... Caballero aventura especulaciones y antítesis entre lo español y lo americano. Nos convierte a nosotros, ya que somos hijos de la tierra, en gentes buenas, *“benevolentes”*, *“espontáneos”* y *“más libres”*, aunque, por lo mismo, *“superficiales e infantiles”*. Al contrario, el español como hijo de la civilización, la ciudad, la leyenda, la historia los castillos es producto de una historia exquisita. A ellos, *“los tira el pasado como un ancla y a los otros (nosotros) los empuja el porvenir como una vela”* (45). Juicio de raíz equivocado pues cualquiera que haya estado en la España moderna, al menos unas horas, no puede pasar la vista por encima del ímpetu consumista de los españoles de hoy que llegaron tarde, como todos sabemos, al festín del capitalismo neoliberal. Además, el español de hoy siente cierta desidia por el pasado. Los pueblos y aldeas, castillos, iglesias y demás, fuente de la cultura española moderna, se han ido deteriorando por el olvido y el paso del tiempo. Y lo que se recupera se hace especialmente bajo el concepto de turismo. Y en cuanto a nosotros, de todos es sabido que muchas veces vivimos más atados al pasado que al presente. De ahí, quizás, nuestra incapacidad para conformar una sociedad más dinámica y tolerante, donde haya lugar para todos sin distinciones de ningún tipo y sin rivalidades eternas.

El buen salvaje, el bárbaro, el hombre atado a la tierra es el dueño del porvenir, su hacedor. Y el civilizado, el hijo de la ciudad, el esclavo de la historia y

<sup>2</sup> Ideas que en América y España se dieron a conocer especialmente de la mano de Bartolomé de las Casas con su *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*.

del tiempo. Esta es la ecuación, la antítesis, la fórmula, o mejor sería decir la receta. Pero no es en el porvenir, que anuncia el campesino ideal, donde está para Caballero el verdadero futuro, sino en el pasado. Es en la vuelta a un pasado ideal, o a un prototipo de existencia, -una especie de idea fija e imperecedera desde donde todo irradia y a donde todo tiene que regresar-, donde radica la razón de la vida. Ya que el porvenir solo existe y se justifica para él como pasado. Y esa entelequia ideal, ese arquetipo inevitable, para él es Castilla y por excelencia Segovia, de la mano de Toledo y Ávila. Segovia, “que es la ciudad más humana de España y donde Castilla se hace más ancha” (45). Segovia entonces se convierte en alfa y omega, el espacio ideal, el paraíso, el comienzo, la palabra sagrada que dio origen a todo y a donde todo, por la misma razón, tiene que regresar. España no hubiera sido posible sin Segovia. España es Segovia. Segovia es el Escorial. Este Felipe segundo. Y Felipe el corazón del universo católico que es el corazón de la humanidad.<sup>3</sup> Y por consiguiente como ciudad ideal todos los caminos conducen y confluyen en ella. Y nosotros los latinoamericanos, sus hijos, solo tenemos razón de ser, si a cada momento volvemos a ella; o como si siempre que partiéramos solamente quisiéramos regresar a ella. “Castilla es una levadura sin la cual puede cocerse el pan, pero en faltándole ni la masa crece ni el paladar se regusta... Si alguna promesa representamos nosotros para el mundo, es la de que algún día, en nuestra tierra, se esponje, purgada de la escoria de los siglos, la levadura de España” (14). Como pueden ver, cualquier comentario es innecesario y tautológico. Pero en este aparte podemos husmear con toda claridad la nostalgia que siempre ha tenido la burguesía colombiana, y fundamentalmente del altiplano cundi-boyacense, por esa entelequia amorfa que algunos todavía invocan como la madre patria. Nostalgia que no ha sido como todos lo sabemos una panacea para nuestro país y para nuestra literatura en general. Además calderón enfatiza e insiste en que este trasplante del ser castellano que nos liberaría a nosotros de todos nuestros males endémicos, tiene que ver especialmente con ciertos estados de comportamiento solidificados en la literatura, las gestas españolas, sus días de gloria. “La generosidad del Cid, la hidalguía de Gonzalo de Córdoba, el valor de Guzmán el Bueno, el ímpetu creador de los Reyes Católicos, la pasión...de los místicos, la justicia de los alcaldes .....la honradez de los clásicos, la fe quijotesca de

<sup>3</sup> Extraña similitud con las ideas y poemas de Álvaro Mutis exaltando la monarquía española y sus valores católicos.

*los conquistadores ... (14)*". ¿Se imaginan ustedes los problemas que tendría que afrontar nuestro *buen salvaje*, la mayoría de nuestra sociedad latinoamericana, si tuviera como compromiso tan ardua tarea? Lo primero que habría que hacer sería eliminar el analfabetismo y modificar de raíz el sistema educativo. Tengo la sospecha que Calderón cuando habla de hacer el pan diario en América latina con la misma masa y levadura que utilizan los castellanos para hacer el suyo, y así poder purificarnos y hacernos dignos de nuestras vidas, está pensando en la aristocracia colombiana —la más conservadora de América latina— y no en el individuo de la calle o en el/su salvaje ideal.

Sin embargo hay que reconocer que por encima de todos estos juicios excesivos, melodramáticos contradictorios, simplistas y pseudo-poéticos, Calderón tiene una capacidad envidiable para poner juntos los pedazos que conforman el rompecabezas español. Sólo que se queda en el ejercicio de la composición por la composición misma y se ahoga, en ideas preconcebidas y desgastadas, cuando se trata de mirar esos pedazos como realidades autónomas e independientes o en ebullición. Por un lado, como ya insinué en las primeras líneas de este ensayo, pesa demasiado su acumulación hiperbólica, reiterativa y casi perfecta de elementos lingüísticos, históricos, culturales y literarios; pero por el otro, aunque en menor cuantía, se puede ver en las disquisiciones de Caballero retazos de una realidad precisa y concisa. Rica en sugerencias y matices. Intentos de mirar y aprehender esa realidad desde nuevas perspectivas. Caballero quiere atrapar, y ahí está quizás su problema, cada detalle de lo que ve, o de reiterar desde otro ángulo siempre lo mismo, como si de esta forma materializara su presencia y la eternizara. Otras veces simplemente se trata de reforzar sus largas disquisiciones y descripciones con ideas de textos leídos. Cada palabra, cada oración, cada párrafo, el texto entero son una colección de retratos donde el autor parece hacer un esfuerzo sobrehumano para no olvidar nada. Es como si Dios tuviera una cámara de alta definición en sus manos y se deleitara en fotografiar en detalle su obra. Y, sin embargo, su lectura, más que hacernos cómplices de algo indispensable y necesario nos deja un profundo vacío y un extraño prurito en la piel. Retratos, película sin principio ni fin, donde confluye, su conocimiento histórico, sus lecturas literarias y su catolicismo recalcitrante, más todo tipo de anécdotas propias y ajenas y leyendas y analogías y ecos y voces y sombras. Y de tanto en tanto, incluso, aventura una reflexión sesuda, hace del objeto/s de su descripción un objeto de conocimiento, y lo ataca desde diferentes perspectivas, sólo que de repente y sin razón alguna que lo justifique termina encajando sus variables ana-

líticas en la entelequia católica que él ve como la síntesis perfecta de cualquier antítesis, disonancia e imperfección. Cuando no es que el análisis se le diluye en pinceladas seudo-poéticas, declamatorias o simplistas, obligadas por una necesidad individual. *“Tierras mustias por el invierno, barridas por el viento de la meseta, onduladas, opacas, tristes, que de cuando en cuando mostraban a los lejos una herida... cauterizada por el sol...”* (11). Me imagino que cualquier parecido con algún poeta de la generación del 98 es pura casualidad. *“Las cosas se humanizan porque envejecen y adquieren entonces una categoría de entes sobrehumanos 47)”*. Especula, por ejemplo. O cuando exalta al mendigo como piedra angular de la cultura castellana convirtiendo la miseria en ideal: *“El ciudadano percibe la diferencia que hay entre el pordiosero por vocación, que es tan respetable, y el mendigo por necesidad, que es un pobre diablo pisoteado y ofendido por una sociedad... injusta”* (31).

Su dependencia exagerada de un pasado inamovible, perfecto, eterno, le permite a Caballero reivindicar como positivo, e incluso como algo espiritual, lo que ya ha perdido vigencia o debería perderla. Esta idea recurrente e imperativa, de exaltar lo que aparentemente es símbolo de la derrota del tiempo, se extiende por las páginas de este texto. Lo cual resulta falta de lógica o de sentido común ya que, por otra parte, califica como algo negativo ciertos comportamientos humanos demasiado apegados a formas de vida ya superadas. Por ejemplo, cuando habla de los habitantes de las aldeas. *“Hay pueblos en España que me pusieron en presencia de la muerte. Se corrompían en pleno campo, como viejas carroñas de burros de labor”* (18). Y a pesar de sus elogios exagerados por Toledo y Segovia no logra ver, o se niega a ver la importancia de la cultura árabe y judía en la conformación de estas ciudades y su entramado cultural y artístico. Cualquier cosa de la cultura árabe, a la cual tanto le debe España, y sin la cual su literatura no sería lo mismo, o simplemente no sería, la *“llama pecado original”*. Repito que es contradictorio y reduccionista porque en un aparte, hablando de Toledo, reconoce la presencia de lo árabe. *“Lo moro -dice- irrumpe dentro de lo cristiano a la hora menos pensada.”* Y de lo judío, *“Se asoma y se agazapa en la sinagoga convertida en iglesia”* (50). *Irrumpe, se asoma y se agazapa*, pero indudablemente que no se muestra, no se reconoce como una entidad aparte, sino en relación con y para. Realidades que están ahí, pero que no están ya que la grandeza del espíritu católico las opaca y las condena al mundo de lo posible, de lo escondido, de lo accidental. De una realidad a medias: producto del azar y del capricho.

Caballero describe lo español de una manera minuciosa y casi compulsiva como si su propósito fuera evitar que algo quede fuera o suelto. Su necesidad de cohesionar y amalgamar con precisión y exactitud entidades de toda especie, en el trasfondo muestra esa necesidad personal que siente de estructurar las cosas con perfección y conocimiento para asegurarles cierta permanencia y trascendencia, tanto en/a los entramados expresivos como significativos. Pero fundamentalmente en el discurso, en el lenguaje que le permite materializar sus especulaciones y visiones. Por lo mismo busca las palabras exactas y adecuadas con cierto prurito y con el afán, quizás, de construir entidades metalingüísticas paralelas a entelequias cristianas. Es entonces la palabra por la palabra misma la que trasciende la realidad y se transforma en arquetipo, en entidad ideal. Estas construcciones ideales no tienen otro propósito que resistir los avatares del tiempo, convirtiéndose por lo mismo, en la única razón de la existencia. Caballero aplastado sin saberlo por el culto a lo ideal o que el mismo idealiza, convierte al hombre así en esclavo temporal de su obra, sin la cual su vida no tendría sentido. La obra al inmortalizarse/espiritualizarse deja sin sentido a la vida, como si esta se pudiera divorciar completamente de ella. *“Los hombres solo se eternizan en lo que hacen porque lo hecho por ellos es su propio espíritu”* (60). La vida de los seres humanos en realidad, -dice-, no es sino *“cadáver corruptible”*, que no tiene más objeto en este mundo que el servir de puente entre *“el espíritu y la obra que habría de contenerlo y expresarlo”* (60-9). Para Caballero el hombre no es más que un juguete en las manos de un dios o entidad caprichosa, sin la capacidad de alterar, de ninguna forma, los designios de ese dios, y cuya existencia real no tiene sentido si no es por su existencia espiritual. Nada nuevo. Es muy fácil ver aquí la sustancia del catolicismo que separa el espíritu de la carne, -lo inmundo-, sólo para hacer de la carne una cárcel que necesita ser destruida o evacuada lo antes posible. Calderón parece haber olvidado incluso el concepto de *libre albedrío*, postulado fundamental de la doctrina cristiana.

Reitero para terminar y amplío a guisa de conclusión, que todo el texto *Ancha es Castilla: gula espiritual de España*, está compuesto de una amalgama a veces excesiva, a veces pesada y reiterativa, aunque fascinante, de elementos literarios, arquitectónicos, religiosos, pictóricos, estados de conocimiento, definiciones del carácter, actitudes, matices del talante, explosiones poéticas, retratos apasionados, citas, etc. que al combinarse o apoyarse los unos en los otros, crean una especie de inercia, de idealización de la personalidad y de las obras del

hombre. No hay lugar en sus descripciones abundantes y pormenorizadas para el hombre simple y objetivo que constituye el segmento más significativo de la sociedad. Es como si en lugar de describir una realidad viva que cambia y se transforma, solo fuera posible para Caballero aprehender estructuras muertas. Construcciones complejas y sofisticadas que se sobreponen al tiempo y que, aunque producto de la condición humana, son su negación o contradicción. La España espiritual de Caballero es más un organismo disecado que una cosa viva, un museo apasionado. Una España que ha perdido la pasión o el interés por la cotidianidad y la espontaneidad y para la cual es suficiente representar, sin entender que distanciarse de la representación para mantener un espíritu crítico, es un imperativo ineludible de la existencia y de la palabra. Parafraseando a Caballero mismo, pero cambiando el orden de los factores de la ecuación gramatical, digamos que la cosa no está en que, *“las imágenes que el hombre se forma de las cosas muchas veces no coinciden con ellas”* (15), sino que, *las cosas de España que Caballero nos muestra en este texto no corresponden, por lo general, a la idea que él se hace de ellas, o a la forma como las imagina y las verbaliza, a pesar de su “necesidad casi física de concretar sus pensamientos”* (15), como él mismo lo reitera.



E. Caballero C. por Fernando Botero

# Americanos y europeos o la angustia del criollo del siglo XX

Rodolfo Guzmán

**E**duardo Caballero Calderón es el cuarto escritor colombiano que se celebra dentro del marco de una política cultural concebida por el Área de literatura del Ministerio de Cultura denominada “Recuperación de la memoria literaria en Colombia.” En los tres años de existencia que tiene este programa, Tomás Carraquilla (2008) Candelario Obeso y Jorge Artel (2009) son los antecesores de Eduardo Caballero Calderón. Yo mismo contribuí a la celebración del Año Artel con un artículo sobre el poemario *Tambores en la Noche*, el cual formará parte de un volumen dedicado a Candelario Obeso y Jorge Artel que está editando la profesora Graciela Maglia de la universidad Javeriana. Por eso cuando Armando Romero me llamó para invitarme a participar en este panel en homenaje a Caballero Calderón la sorpresa fue doble. Primero por ser Eduardo Caballero Calderón, un escritor tan distinto a Jorge Artel y a Candelario Obeso, el cuarto habitante de este reciente mini canon de la memoria literaria colombiana. Segundo porque sin proponérmelo nuevamente estaría participando en el programa de Recuperación de la memoria del ministerio de Cultura, un proyecto desde luego respetable pero, como es lógico, vinculado a los vericuetos



E.C.C.

de políticas culturales estatales, asuntos que siempre me han interesado como objeto de estudio no como promotor de ellos.

De todas formas, le acepté la invitación a Armando y lo hice por dos simples razones. La primera por la pura afectividad que en la memoria personal le guardo a dos de las novelas más conocidas de Caballero Calderón. *Sirvo sin tierra* (1954) y *El cristo de espaldas* (1952) “Siervo sin tierra o así me nació la conciencia social” es el *motto* que, parafraseando a Domitila Barrios de Chungara, le tengo a esta novelita que leí por allá en ese país extranjero que es el pasado de mis primeras lecturas “obligatorias” de preadolescencia. Ese país, hoy me doy cuenta, tenía un asombroso parecido con el país que poéticamente (re)creó José Emilio Pacheco en su maravillosa novela *Las Batallas en el desierto* (1981). Es decir, yo todavía no era un completo adolescente, me empezaban a gustar las mujeres mayores, asistía a un colegio de clase media alta en Bogotá y las conversaciones de los adultos sobre los males de la clase política del momento versaban sobre los mismos males que hoy tienen. Esto quiere decir, el mal de gobernar sólo en función de imponer, reproducir y mantener privilegios sociales a partir de la correspondencia de éstos con ciertos valores ligados al linaje, la claridad en el color de la piel y el acceso a la ciudad letrada. *Siervo sin tierra* y *El Cristo de espaldas* confirman, a su manera, la persistencia de este mal en la Colombia de mediados del siglo XX. Claro que eso no fue lo que pensé cuando leí por primera vez *Siervo sin Tierra*. En lo que pensaba y en lo que todavía me acuerdo era en el horror que sentía ante la magnitud de la violencia, las soberbias humillaciones y la mezquindad de ese mundo al que era sometido el ingenuo, bondadoso y arquetípico Sirvo Joya. *Siervo sin Tierra* me sacó de mi colegio de clase media bogotano y me puso frente a la estupidez de la bipartidista confrontación armada de los años cincuenta en los campos colombianos. Además me mostró una parte de la avaricia, el clasismo y el racismo que han alimentado la injusticia social en Colombia o en su efecto en cualquier otro país latinoamericano. Tal vez debido a esa temprana lectura de *Siervo sin Tierra* es que durante mis años universitarios privilegiara la lectura de Juan Rulfo antes que la de Julio Cortázar o que hoy continúe leyendo a José María Arguedas antes que a Mario Vargas Llosa o Carlos Fuentes.

Pero en fin, esta razón que, como ya lo mencioné, pertenece a la memoria personal fue la primera que me hizo aceptarle la invitación a Armando.

La segunda Razón tiene que ver con que me entusiasma la historia de las ideas, sus manifestaciones discursivas y las economías culturales que originan cierto tipo de textos. Particularmente aquellos textos relacionados con formaciones de identidades culturales y pensados desde las ciudades hispanoamericanas donde sus pasados coloniales hacen que en su discurso sea inevitable la problemática conceptualización de un otro. Para el criollo hispanoamericano ese otro han sido las naciones indígenas originarias, la Europa misma y la población afrodescendiente. Respecto a su otro europeo, el criollo siempre lo ha abordado como aquel de quien se sabe mucho y al que permanentemente se evoca y se emula pero al que también se rechaza y se odia. *Americanos y Europeos* pertenece a este tipo de textos. En él las primeras líneas de su introducción se lee lo siguiente:

A pesar de la creciente permeabilidad de todas las fronteras, todavía el Nuevo Mundo y el viejo Mundo se desconocen mutuamente como en los remotos tiempos de las carabelas [...] tienen en Europa la misma idea vaga y nebulosa que expuso Colón a los Reyes católicos cuando volvió de América: este es un mundo fabuloso y lejano, salvaje y desconocido, poblado por indígenas y lleno de metales preciosos. En cambio, los americanos conocen a Europa pero ya no la consideran un organismo vivo, sino la carroña de un animal prehistórico.<sup>1</sup>

Lo que a partir de estas líneas podría considerarse como el preámbulo de un feroz rechazo a Europa debido a su histórica resistencia a incorporar voluntariamente a América en su cartografía cultural y “universal”, a lo largo del libro se va constituyendo más bien en una airada reclamación. Reclamación que tiene el tono altivo y erudito del hijo bastardo que reprende a su padre espiritual porque éste nunca lo ha considerado mayor de edad; “esa manera de mirar y de considerar a los habitantes de América como a frutos inmaduros de una generación espontánea, despierta en estos una reacción de rechazo.”<sup>2</sup> Publicado en 1957 en Madrid por la editorial Guadarrama, *Americanos y Europeos* se propone rastrear desde la conquista y la colonia mismas hasta mediados del siglo XX los orígenes, los matices y las consecuencias de este desconocimiento mutuo. El texto consta de trece capítulos cuyos títulos y subtítulos ilustran en parte la monumentalidad del proyecto y las dimensiones de su

<sup>1</sup> Eduardo Caballero Calderón, *Americanos y Europeos*. 11.

<sup>2</sup> *Ibid.*, 14.

enunciación ideológica. Veamos algunos; “*La imagen de Europa en América durante la conquista*,” “*Dos tipos de conquistadores; el de presa y el colonizador*”, “*Lo invisible en América*”, “*La diferente mentalidad religiosa de norteamericanos e hispanoamericanos*”, “*La imagen de Europa en América durante la Independencia*”, “*Adaptabilidad e inestabilidad de los pueblos a las nuevas ideas*”, “*Ideas europeas que florecieron en América*”, “*América en el siglo XIX*”, “*El entupido siglo XIX*”, “*Los estados esclavistas*”, “*Alejamiento de Europa*”, “*La imagen de América en Europa al través de la historia*”, “*Hechos y cosas de América que han influido en Europa*”, “*Suramérica en el siglo XX*”, etc.

Mediante este ordenamiento e interpretación histórica, el objetivo central que propone el texto no es otro que el de resaltar los mutuos beneficios que se obtendrían a ambos lados del Atlántico si felizmente europeos y Americanos en lugar de “ignorarse” finalmente se reconocieran como miembros de una misma familia espiritual y cultural. En el texto, el referente “Americanos” cubre por igual la experiencia anglosajona e hispana, sin embargo el recuento de la historia de la colonización anglosajona, lo mismo que del sorprendente desarrollo industrial de los Estados Unidos y de su expansión capitalista de mediados del siglo XX, sirven para evaluar y advertir sobre el desplazamiento cultural de Europa por parte de los Estados Unidos. Ante la hegemonía que los americanos del norte le están imponiendo al mundo justamente durante los años en que se publica el libro y cuya presencia “se simboliza en una máquina fotográfica, una chequera de dólares y una goma de mascar” el autor de *Americanos y Europeos* señala que:

Los europeos de hace dos mil años se defendían de Roma hasta con la uñas; los de hoy piden la invasión por América. Como los griegos de la decadencia, como los romanos del bajo imperio, los europeos se entregan dócilmente al hombre nuevo, al bárbaro que posee la juventud y la fuerza. No luchan por defenderse. Permiten que las lenguas vernáculas se empapen de palabras exóticas y se contaminen de una sintaxis sincopada que discrepa del viejo genio latino. Imitan al invasor, y al contacto más íntimo y permanente con él, se van desnaturalizando. Los Países van perdiendo color, las modas se aplebeyan o se americanizan, las gentes se vulgarizan o progresan, las costumbres se degradan o se transforman.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Ibid., 15-16.

Ante este panorama y no obstante que en el texto se exalta positivamente varias de las “virtudes” culturales que diferenciaron a los colonizadores anglosajones de los Hispanos y que el poder económico que han alcanzado los Estados Unidos en tan corto tiempo han de ser admirados, el hecho importante en este contexto es que Europa se encuentra en peligro. Su futuro e incluso su salvación cultural, aspira a demostrar el texto, depende del reconocimiento y la aceptación de Europa de sus hermanos Americanos. Particularmente de los hispanoamericanos, pues son ellos los verdaderos herederos de la cultura europea en tanto que son la “retaguardia del mundo cristiano, el retoño del espíritu grecolatino, y el único paliativo de la decadencia presente de Europa.”

Caracterizaciones y juicios histórico-culturales de Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y naturalmente de España discurren a lo largo del texto en un singular intento de demostrarle al lector la importancia de América en este contexto “universal.”

Ahora bien, y a propósito del título de este ensayo, ¿Cuáles son las señas de identidad que permiten incorporar a Caballero Calderón en la larga lista de criollos y letrados que históricamente han expresado su afán por definir su estatus en el mundo a partir de consolidar una identidad cultural que los sitúe como hijos legítimos de Europa? Varias son las coordenadas y los discursos que se encuentran enunciados en *Americanos y Europeos* que evidencian la correspondencia de este texto de mediados del siglo XX con textos y discursos criollos de vieja data. No obstante por ahora me voy a referir solamente a dos: la noción de considerar América como un espacio esencialmente vacío y la conceptualización de la abundancia como atributo de identidad cultural.<sup>4</sup> En los textos criollos estos dos discursos se desenvuelven simultáneamente y forman parte de un todo significativo, pero conviene ingresar a ellos por separado.

La premisa del desconocimiento mutuo entre el Viejo y el Nuevo mundo desde la cual parte Caballero Calderón para estructurar su texto ciertamente no es novedosa. Ella hace parte de los primeros reclamos que el criollo hispanoamericano de la colonia le hacía a Europa, vía España, cuando ésta, por razones políticas y culturales, lo condeno a ser un súbdito de segundo rango. Para el europeo del siglo XVI, el criollo carecía de capacidad espiritual, dotes

<sup>4</sup> Sobre este discurso de la abundancia véase, Julio Ortega (1992) a quien al respeto sigo aquí muy de cerca.

creativas o posibilidades de conocer. Biológicamente sospechoso por haber nacido muy lejos de la corte y muy cerca de indígenas, negros, mestizos y mulatos, intelectualmente también resultaba débil debido a que en América, se decía, respiraba aires malsanos. Por lo menos así lo afirmaba en 1574 el cronista y cosmógrafo Juan López de Velasco (1530?- 1598) quien en su *Geografía y descripción universal de las Indias* sostenía que:

Los españoles que pasan a aquellas partes y están en ellas mucho tiempo, con la mutación del cielo y del temperamento de las regiones aun no dejan de recibir alguna diferencia en el color y calidad de las personas; pero los que nacen de ellos, que llaman criollos, y en todo son tenidos y habidos por españoles, conocidamente salen ya diferenciados en el color y el tamaño porque todos son grandes y la color algo baja declinando á la disposición de la tierra... y no solamente en las calidades corporales se muda, pero en las del ánimo suelen seguir las del cuerpo, y mudando él se alteran también.. (19-20)<sup>5</sup>

Siguiendo esta vertiente de pensamiento, en 1612 el franciscano Juan de la Puente también descalificaba a los criollo por haber nacido bajo los cielos americanos los cuales, según de La Puente, “inducen a la inconsistencia, la lascivia y la mentira; vicios característicos de los indígenas y que las constelaciones hacen propios de los españoles que nacen allí.”<sup>6</sup>

En respuesta a tan contundente negación, pero sin abandonar los parámetros de la cultura europea, el criollo creó la versión opuesta sobre su origen y su entorno. En 1630 por ejemplo, Buenaventura de Salinas y Córdoba, también franciscano pero criollo nacido en Perú contesta a su hermano de orden señalando que los criollos eran “con todo extremo agudos, viudos, sutiles y profundos en todo genero de ciencias” y que “este cielo y clima del Perú los levanta y ennoblece en ánimos”<sup>7</sup> Al igual que Buenaventura, muchos son los criollos del orbe Americano que movidos por la ansiedad de borrar la mancha de ser “los hijos mal nacidos del imperio,” pero también estimulados por propósitos jurídicos y políticos fueron presentando su entorno Americano como un lugar don-

<sup>5</sup> Véase, Alejandro García Avilés, *El tiempo y los astros*

<sup>6</sup> Citado en Brading, *First America*, 298.

<sup>7</sup> Citado en Brading, *First America*, 348.

de todo, incluso la experiencia cultural, florecía y progresaba con positiva y privilegiada complacencia. En la *Grandeza Mexica* (1604) de Balbuena, en el *Paraíso occidental* de Sigüenza y Góngora, en *La fundación de Lima* (1687) de Rodrigo de Valdez, y, para el caso específico de la Nueva Granada, en Juan de Castellanos o en Lucas Fernández de Piedrahíta (1688) se encuentra la inversión de las negativas clasificaciones europeas sobre América y sus habitantes criollos.

Conciencia colonial denomina Brading a esta secuencia y cronología de la producción cultural del criollo a través de la cual fue forjando la alteridad de su identidad Neo-europea en América y asegurando su Lugar en el “Nuevo Mundo.” Lugar entendido aquí como ubicación en el espacio y como “asiento en actos públicos” a los cuales el criollo siempre aspiró a tener acceso de manera casi exclusiva. Por ello es que en sus crónicas, en sus historias, y en sus versos siempre puntualizo, entre otras cosas, su apego a la tierra, su rechazo a los indígenas y demás castas “inferiores”, sus diferencias con los advenedizos peninsulares y las injusticias de una Europa que no los tenía por iguales.

Obviamente que *Americanos y Europeos* no debe entroncarse tan directamente con este discurso criollo que pertenece fundamentalmente al letrado Neo-europeo Americano que va sistematizando y produciendo conocimiento entre los siglos XVI a finales del XVIII. Sería absurdo proponer como inmanente esta reclamación del criollo y desconocer contextos históricos específicos, nuevas incorporaciones epistemológicas o coyunturas políticas muy puntuales. Desde luego que este no es el caso y que lo que aquí estoy subrayando es más bien la permanencia en el discurso del letrado criollo de la configuración de América como un espacio que constantemente hay que mostrar ya que física y culturalmente es “desconocido.” Es decir, es un espacio vacío y carente de significación. Históricamente, esta premisa es la que en última instancia le ha permitido tanto al criollo como al europeo “poblar,” a través de sus acciones y fundamentalmente a través de su escritura, el espacio Americano con genealogías y saberes propios del pasado europeo. Por esta razón es que para los letrados europeos del siglo XVI América era el continente de las deformidades y las anomalías, mientras que para el criollo ese mismo espacio era el de la esperanza y la consumación de la utopía cristiana. Lo que hermana a estos dos discursos en apariencia disímiles es que ambos parten y se sitúan en un mismo lugar de enunciación, es decir, el de hacer corresponder a América (ya sea

como anomalía y desproporción o como edén y perfección) con el centro mismo de la producción cultural “universal” de Europa. Ser reconocidos en Europa como europeos, era para los criollos de la colonia obtener el derecho a ser identificados como poseedores y promotores de los mismos saberes y rasgos de civilización que se disfrutaban en Europa. No obstante y ya fuera por razones astronómicas o por la jerarquización misma del sistema jurídico español, tal derecho siempre se le postergó. De ahí la angustia permanente de auto representarse como el más valiente, el más estudioso o el más piadoso de los súbditos europeos e incluso como superior a él.

*Americanos y Europeos* no escapa a esta representación del criollo, ni a la geopolítica del conocimiento en la cual América siempre ha sido el territorio físico y el espacio cultural vacío que hay que poblar. No por casualidad el texto comienza con la evaluación de la conquista y la colonia. El criollo siempre tiene que recordar los orígenes heroicos de sus antepasados pues se acostumbró a aceptar que fueron ellos quienes a partir de la “nada” construyeron la América. A propósito del recuento de la conquista y la colonia que se hace en *Americanos y Europeos* resulta interesante mencionar, por ejemplo, lo que nos dice el texto respecto al perfil de los primeros fundadores y conquistadores. Al igual que en las más emblemáticas historias o crónicas de los criollos, en este texto también encontramos la exaltación del conquistador fundador en oposición al conquistador o al delegado de la corona que solo buscaba enriquecerse en América. ‘En los primeros tiempos de la conquista española —dice Caballero Calderón— se presentaron dos tipos humanos muy distintos el uno del otro y claramente perfilados: los que pasaban a las Indias con la mira de volver pronto con las alforjas bien provistas para cambiar de posición en Europa; y los que afincaban en la patria adoptiva y por ningún motivo deseaban regresar.’<sup>8</sup> A los segundos pertenecen Rodrigo de Bastidas, Jiménez de Quesada, los Pizarro, Cortés, Valdivia y algunas de las comunidades religiosas como la de los agustinos y los dominicos. Estos conquistadores son presentados como héroes, después de todo son los padres o abuelos de los criollos. Respecto a los primeros Calderón indica que eran:

los rábulas y funcionarios que encontraban mas fácil birlarle a Colón su América desde la corte que ir a disputársela en la Española. Como

<sup>8</sup> *Americanos y europeos*, 55

aves de rapiña solo se preocupaban de extorsionar a los súbditos de esas fundaciones perdidas entre las montañas o diezmadas por el clima y las flechas de los indios a las orillas de gigantescos ríos tropicales. Llegaban a imponerles pechos y alcabalas, arrebatándoles con la Ley lo que habían ganado con el hierro.<sup>9</sup>

Aunque más adelante Caballero menciona la idónea labor de muchos virreyes que se comportaron de manera diferente, en esta caracterización que hace sobre las dos tipologías humanas de la conquista es clara la resonancia con el discurso criollo tradicional. De estas loas a los primeros fundadores y de las duras condenas, sobre todo a los funcionarios de la corona, están llenos los memoriales e historias escritas por los criollos.<sup>10</sup> Críticas y loas que se van ajustando al horizonte intelectual del letrado y al contexto de la experiencia histórica colonial y poscolonial y que además van forjando el componente americanista que está presente en todo discurso criollo. No obstante, lo interesante es la reiteración del criollo por volver siempre atrás y situarse como el legítimo y noble poblador de un espacio concebido como vacío para a partir de ahí llegar incluso a proponer la renovación o salvación de Europa. Salvación que a mediados del siglo XX propone *Americanos y Europeos* ante la realidad de una Europa en decadencia. Muy bien guardadas las proporciones se podría decir que de una manera similar a la de los franciscanos milenaristas o los primeros fundadores de ciudades que veían en América la salvación de la fe cristiana y el triunfo de la civilización europea, Calderón también concibe a América como la posibilidad de la salvación de la Europa de mediados del siglo XX que se encuentra golpeada por dos guerras mundiales, la revolución Rusa, la guerra civil en España y la penetración capitalista norteamericana.

Inherente a este discurso del vacío, que en sí mismo contiene una salvación, el discurso de la abundancia surge como fenómeno simultáneo al deseo de poblamiento e identifica también todo texto criollo. Este discurso comienza a formar parte de los recuentos históricos y las cartografías que los cronistas

<sup>9</sup> Ibid., 56

<sup>10</sup> Como se sabe, la bibliografía sobre la configuración de la identidad del criollo y sus complejas relaciones con la corona es copiosa, sin embargo para estudios seminales sobre el tema véase, Lafaye, *Quetzacoatl and Guadalupe*; Lavallé, *Las promesas ambiguas*; Phelan, *People and the King*, y, especialmente, los trabajos de Brading, *First America* y Puguén, "Identity Formation." Para un estudio reciente sobre los criollos véase, Bauer y Mazzotti, *Creole Subjects*.

hacían de los lugares y los territorios donde se fundaban las ciudades. La fertilidad y las bondades de estos paisajes van, como se sabe, de lo edénico a lo virgiliano pasando, claro está, por la enumeración de los peligros que representaban selvas intrincadas, ríos tormentosos, climas mal sanos y montañas inaccesibles. En la cita inmediatamente anterior de Caballero se ve la alusión a este encadenamiento de adversidades naturales con las cuales se enfrentan los primeros fundadores. La abundancia se plasmó también al interior de la cartografía moral que daba cuenta de los hechos y hazañas épicas de conquistadores y primeros pobladores quienes como buenos vasallos espantaban la barbarie y en estos “espacios vacíos” incorporaban la civilización. La fundación de ciudades es una de las primeras señales del triunfo sobre la barbarie pues ellas no solo simbolizaban el vivir en policía, sino que además se constituían en las atalayas de las fronteras territoriales y culturales que el europeo iba marcando (escribiendo) sobre el espacio y la geografía de las Indias.

Para el caso de la Nueva Granada, e incluso se podría decir que para todo el orbe colonial Americano, las famosas *Elegías de Varones Ilustres de Indias* (1589) de Don Juan de Castellanos (1522-1607) resultan emblemáticas a propósito del discurso de la abundancia. Detengamos en dos ejemplos. El primero corresponde a la presentación inicial y general del espacio Americano donde transcurrirá su historia. El segundo, al preludeo de una fundación urbana. Para Castellanos, criollo de pensamiento no de nacimiento, en este espacio de las Indias Occidentales,

*Hay infinitas islas y abundancia  
De lagos dulces, campos espaciosos,  
Sierras de prolijísima distancia,  
Montes excelsos, bosques tenebrosos,  
Tierras para labrar de gran sustancia,  
Verdes florestas, prados deleitosos,  
De cristalinas aguas dulces fuentes,  
Diversidad de frutos excelentes.*

.....

*En riquezas se ven gentes pujantes  
Grandes reinos, provincias generosas  
Auríferos veneros y abundantes  
Metales de virtud, piedras preciosas...*

*[...] templanza tan a gusto y a medida  
Que da más largos años a la vida. <sup>11</sup>*

La enumeración de virtudes naturales cuya abundancia y benevolencia favorecen el “alargamiento de la vida,” sin duda que recuerdan el antiguo tema clásico del *locus amoenus*. No obstante por ahora lo relevante es destacar la definición de este espacio físico americano mediante una sucesión de fertilidades placenteras. El segundo ejemplo, es tal vez la referencia más celebrada de Las Elegías, o por lo menos la más conocida. La encontramos en el libro dedicado a la historia de la Nueva Granada justo en el momento en que la expedición de Don Gonzalo Jiménez de Quezada avista por primera vez el país de los Mwiskas. En este punto ya se han narrado tanto el tormentoso peregrinaje desde Santa Marta lo mismo que no pocos episodios de penurias y dolor. Frente al país de los Mwiskas y como prelude de lo que será la posesión militar y jurídica de estos territorios, los versos de Castellanos justifican la posesión exaltando precisamente la abundancia de estas tierras fértiles.

*... ¡Tierra buena, tierra buena!  
Tierra que pone fin a nuestra pena.  
Tierra de oro, tierra bastecida,  
Tierra para hacer perpetua casa.  
Tierra con abundancia de comida,  
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa,  
Tierra donde se ve gente vestida,  
Y a sus tiempos no sabe mal la brasa;  
Tierra de bendición, clara y serena...<sup>12</sup>*

En medio de este paraje de fertilidades naturales se asentara desde 1538 la ciudad de Santa Fe de Bogotá. A este respecto no esta demás mencionar que 128 años mas tarde, el historiador Lucas Fernández de Piedrahita (1624-1688) también mostrará a sus lectores europeos el progreso y la abundancia de los frutos, esta vez culturales, que florecían en la muy noble y muy leal ciudad. Según Lucas Fernández de Piedrahita, de los tres mil vecinos españoles y los “más de diez mil indios” que pueblan la ciudad, los vecinos que “vulgarmente se llaman criollos,” “son de vivos ingenios; hablan el idioma español con más

<sup>11</sup> Juan de Castellanos, *Elegías*, Elegía I, Canto primero. 7

<sup>12</sup> Juan de Castellanos, *Elegías*, Parte II Elegía IV, canto IV. 309

pureza castellana que todos los demás de las Indias; inclinense poco al estudio de las leyes y medicina, que sobresalen en Lima y Méjico; y mucho al de la Sagrada Teología, filosofía y letras humanas; extrémanse en la celebración ostentosa del culto divino, y en agasajar forasteros. " Para Piedrahíta Santa Fe de Bogotá es una suerte de materialización criolla del sueño Agustiniiano, cuyas "doscientas ermitas, capillas y oratorios que se encuentran en la ciudad [son la] prueba más clara del religioso afecto de sus moradores" Capillas dentro de la cuales la del colegio de la Compañía de Jesús se distingue ya que "su fábrica de templo y casa es tan buena que no tengo noticia de otra mejor en su religión no solo en Indias, sino en Flandes, España y Francia."<sup>13</sup>

El trazado urbano no es menos digno "sus calles son anchas, derechas y empedradas de presente todas con tal disposición, que ni en el invierno se ven lodos, ni fastidian polvos en el verano, sus edificios altos y bajos son costosos y bien labrados a lo moderno, de piedra, ladrillo, cal y teja, de suerte que no los exceden los de Castilla"<sup>14</sup>

Tanto para Piedrahita, como para Castellanos la exaltación de edénicos paisajes, vivos ingenios, purezas en el habla, magnificencias urbanas, sosiegos divinos, etc., no solo representan la respuesta del criollo a las negaciones que sobre su genio y producción cultural le hacían los europeos, sino que además son paradigmáticas muestras de esa noción de poblamiento sobre el "vacío" espacio Americano. Son también ejemplos que evidencian la complacencia que siente el criollo por las enumeraciones de bondades, maravillas y excepciones naturales y culturales de las cuales se haya rodeado en el Nuevo Mundo. No obstante la total fascinación por lo abundantemente fértil, por el espacio donde en verdad se quiere constituirse como inigualable, único, copioso e inagotable, lo reserva para la escritura misma. Leído con detenimiento, el texto de Castellanos, por ejemplo, es una excepción natural de la escritura, que se naturaliza en América como un monumento a lo copioso, a la prodigalidad, a la "gran cantidad de lo que contiene una cosa" y a la reiteración misma de la palabra escrita. A pesar de que Castellanos diga en su introducción a las Elegías que es "el tema y no el artificio" lo que le da valor a su escritura, sus 113 mil versos dan lugar a un texto que no por casualidad ha resistido ser clasificado

<sup>13</sup> Lucas Fernández de Piedrahíta, *Noticia historial de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. 316.

<sup>14</sup> *Ibid.*, 315

exclusivamente como épica, historia, poesía, epopeya, crónica, relación o alegato político. Contiene y desborda todos los géneros en una sonora cornucopia verbal que además cumple la función de agrupar, clasificar, ordenar y exhibir los “hechos veraces que merecen ser recordados”, por los hijos de sus varones ilustres. Es decir, los criollos quienes son los sujetos y objetos de su escritura y por ende de la historia Americana.

Este discurso de la abundancia llega invicto hasta finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Se reproducirá, con sus singularidades epistemológicas, a través de las cartografías, las topografías, las mediciones, los experimentos, las nuevas taxonomías y las exaltaciones de las virtudes del medio natural que consignaban en sus escritos los criollos ilustrados educados por Don José Celestino Mutis. Basta con leer a Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano o Francisco Antonio Zea para confirmar la fertilidad con que representaban su espacio y la riqueza natural sin límite que, según ellos, podía ofrecerle al mundo la Nueva Granada entre 1801-1809.<sup>15</sup>

En este sentido el discurso de la abundancia como “alegoría cultural de identidad”, hacen que las *Elegías de varones ilustres*, *Las noticias historiales* de Piedrahita y los textos científicos de los criollos ilustrados correspondan a lo que Julio Ortega distingue como característica particular de la práctica escrituraria colonial:

La abundancia pasa del prodigio al exceso, de la metáfora a la hipérbole, y en el proceso se convierte en un discurso, él mismo, fecundo. La abundancia es autorreferencial, ocurre como siembra, trasplante, traslado, injerto, en el escenario colonial; pero pronto ocurre en el discurso, donde prodiga figuras.<sup>16</sup>

Esas figuras se verán en la escritura misma del criollo la cual se hace abundante, no solo por la extensión histórica y temática que cubren sus tratados, o por las hipérboles con las que describe el espacio o el progreso americano, sino sobre todo por la autoreferencialidad, la concepción permanente de Amé-

<sup>15</sup> A esta particular escritura e interpretación del medio natural desde la filosofía de las ciencias útiles promovida por los criollos ilustrados de la última década del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, la denomina Cañizares-Esguerra “la economía política del paraíso.” Véase, Cañizares-Esguerra, *Nature, Empire and Nation*.

<sup>16</sup> Julio Ortega, *Genealogías americanas*, 7-8.

rica como un espacio vacío que hay que poblar y a lo incompleto de un proceso histórico en el cual el criollo, con su escritura y sus ordenamientos, se sitúa en primer lugar. Es decir, la abundancia aquí parte de la evocación constante a los orígenes, a lo que sobra o a lo que hizo falta en América. Para Calderón lo que hace falta es reconocimiento mutuo, pero a lo largo del texto el pedido es más bien para que Europa reconozca a América, pues no solo es un continente siempre Nuevo sino además un espacio donde el europeo se refina en la medida que tiene que confrontar lo que él denomina “un mestizaje espiritual.” Proceso que además de ser impulsado por la singularidad del paisaje americano también está en perpetua formación:

En el Nuevo Mundo se había formado un nuevo tipo humano, no tanto por el cruce de razas como sucedió en ciertas colonias, cuanto por el fenómeno que pudiéramos llamar “mestizaje espiritual.” Este se producía por el impacto del paisaje, del ámbito, del ambiente del Nuevo Mundo en el alma del europeo recién llegado, el cual resolvía de pronto quedarse sin que nada le obligara hacerlo. El pionero, el criollo, el yanqui, el bandeirante, son variedades del americano que viene formándose desde el amanecer de la conquista. [...] Además, este tipo de mestizaje se producía y se sigue produciendo en el inmigrante del siglo XIX y del siglo XIX.<sup>17</sup>

De manera similar a otros criollos que le anteceden, Caballero recurrió a este tipo de escritura y conceptualización de América para sistematizar los orígenes y los antecedentes de una economía simbólica y pragmática que a través de la “hiperbólica abundancia de la escritura” sitúan a América como el espacio de los perpetuos comienzos. Al mismo tiempo situó al criollo como el legítimo heredero y parte fundamental en la preafirmación de una teleología que establecen como únicas y legítimas ciertas concepciones espacio-temporales, ciertos sentidos dados a la naturaleza, a los actos de los seres humanos, a la idea de lo civilizado y de lo bárbaro, y por ende al derecho a ciertos privilegios sociales.

En la prolífica bibliografía calderoniana, (recordemos que su obra total entre ensayos, novelas y crónicas consta de 27 libros) *Americanos y Europeos* corresponde al mismo tipo de escritura y al locus de enunciación que encontramos en su *Suramérica tierra del hombre*, y *Latinoamérica un mundo por hacer*,

<sup>17</sup> Caballero, *Americanos y Europeos*, 170.

ambos publicados en 1944. Muy cerca lo está también *Cartas a los colombianos*, publicada 1949. En todos estos textos el discurso fundamental es el de la ordenación y la sistematización de una historia cuyo punto de partida es el supuesto de nuevos comienzos y la existencia de un espacio físico, económico y cultural vacío. No importa que en el proceso de poblar este espacio algunas veces se celebre la vitalidad de un espíritu mestizo y una diversidad étnica que hace a América una identidad original. Lo cierto es que al final del ordenamiento el punto de partida y el de llegada están configurados de antemano; solo en América el europeo puede dejar de serlo porque es a él a quien corresponde, en el espacio de los comienzos, el privilegio de la ciudad letrada desde donde escribe su historia y propone la interpretación de lo que puede llegar a ser el futuro.

Muchos más son los temas que bajo esta preceptiva fundamental encontramos en *Americanos y Europeos*. Muy interesante y significativa en la historia de las ideas sobre “la invención de América” resulta su conceptualización sobre los Estados Unidos y su relación respecto a la América hispana durante el siglo XIX y XX. Un tema que aquí no he mencionado ya que merece atención particular, pues valdría la pena cotejarlo respecto al discurso americanista de un Domingo Faustino Sarmiento, un José Martí o tantos otros ensayistas de finales del siglo XIX y comienzos del XX que abordaron este tema.

Para terminar, lo único que por ahora me resta mencionar es que no obstante ese singular entrecruzamiento y herencias conceptuales que en *Americanos y Europeos* nos hacen recordar los discursos criollos de vieja data, lo importante es que precisamente por esta característica del texto es que vale la pena la relectura de Caballero Calderón. Mas allá de corroborar o negar si a Eduardo Caballero Calderón se le debe o no rescatar del olvido de la memoria literaria institucional, lo realmente significativo es que a través de este texto se ponen en movimiento una serie de discursos y coordenadas de enunciación que revelan una parte importante de la economía cultural colombiana y Americana vigente a mediados del siglo XX. En este sentido la propuesta es a detenerse y distinguir sobre el lugar que el texto le asigna, por ejemplo, a lo indígena americano, a lo africano, a la mujer, a la dualidad civilización y barbarie o a la idea de modernización económica de mediados del siglo XX. Puntualizar si esas ideas permanecen vigentes o no, o si de alguna manera continúan reproduciéndose en ciertos discursos político-culturales de la actualidad, desde luego que corresponde señalarlo a los nuevos lectores de Eduardo Caballero Calderón.

## Bibliografía

Bauer, Ralph and José Antonio Mazzotti, ed. *Creole Subjects in the Colonial Americas. Empires, Texts, Identities*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2009.

Brading, David A. *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State, 1492-1867*. Cambridge: Cambridge University Press, 1991.

Caballero, Calderón Eduardo. *Americanos y Europeos*. Madrid: Ediciones Guadarrama, 1957.

Cañizares-Esguerra, Jorge. *Nature, Empire and Nation: Exploration of the History of Science in the Iberian World*. Stanford: Stanford University Press, 2006.

Castellanos, Juan de. *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Edited by Buenaventura Carlos Aribau, *Biblioteca de Autores Españoles*. Madrid: Imprenta y Esterotipía de M. Rivadeneyra, 1852.

Fernández de Piedrahíta, Lucas. *Noticia historial de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. Edited by Sergio Ellas Ortiz. Vol. I, II. Bogotá: Kelly, 1973.

García, Avilés Alejandro. *El Tiempo Y Los Astros Arte, Ciencia Y Religión en la Alta Edad Media*. Murcia: Universidad de Murcia, 2000.

Lafaye, Jacques. *Quetzalcóatl and Guadalupe: The Formation of Mexican National Consciousness, 1531-1813*. Chicago: University of Chicago Press, 1976.

Lavallé, Bernard. *Las Promesas Ambiguas: Ensayos Sobre El Criollismo Colonial En Los Andes*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú Instituto Riva-Agüero, 1993.

Ortega, Julio. *El discurso de la abundancia*. Caracas: Monte Avila, 1992.

Pagden, Anthony. "Identity Formation in Spanish America." In *Colonial Identity in the Atlantic World, 1500-1800*, edited by Nicolas Canny and Anthony Pagden. Princeton: Princeton University Press, 1987.

Phelan, John Leddy. *The People and the King: The Comunero Revolution in Colombia 1781*. Madison: University of Wisconsin Press, 1978.

# París espacio (des)humanizante en “El buen salvaje”

Antonio García-Lozada

**S**i admitimos que la modernidad en el contexto histórico-social y cultural es una ruptura radical con el pasado, en donde prima el cambio, la transformación y la mutabilidad; el desplazamiento, el viaje, sería una de las prácticas que más se aproxima a esta experiencia. Es sabido que numerosos escritores latinoamericanos del siglo XX en general, y en el caso particular de Eduardo Caballero Calderón, estuvieron expuestos al desplazamiento, a migraciones o exilios, y en consecuencia a desenvolverse en ámbitos cosmopolitas. Dentro de esta perspectiva surge con un perfil singular la novela de Caballero Calderón, *El Buen Salvaje* (ganadora del premio Nadal 1965), haciéndose partícipe de la modernidad literaria. Para confirmar esta hipótesis, hay que hacer una lectura desprevenida de esta novela en la que la experiencia de extraterritorialidad, voluntaria o no, marca un claro contraste con el referente de la sociedad tradicional de Colombia, a veces arcaica y conservadora y, patriciamente provinciana. Por lo tanto, sería importante balancear el saldo que ha dejado la historiografía nacional, ante la ausencia de trabajos sobre las razones de los viajes de estos escritores, sus experiencias en el ámbito europeo, el ambiente intelectual y moti-



E.C.C.

vos políticos o sociales que los llevó a emprender esos viajes de búsqueda que, en muchos casos, se convirtieron en viajes definitivos o en referentes ineludibles. Así que, más estudios sobre la obra de Eduardo Caballero Calderón ameritan espacio.

A contracorriente de la interpretación selectiva y excluyente de la crítica literaria, es notable, por ejemplo, el enriquecimiento cultural que se gesta en *El Buen Salvaje* de una estética cosmopolita. Ésta se complementa con el prerrecorrido crítico al mundo europeo que habían trazado otros escritores latinoamericanos. Muestra de esa visión crítica de Europa se encuentra en textos como: las *Memorias* de Fray Servando Teresa de Mier, *De Sobremesa* de José Asunción Silva, *El diario de viaje a París* de Horacio Quiroga, lo cual permite puntualizar que estos antecedentes literarios constituyen el amplio marco en el que merece situarse *El Buen Salvaje* de Caballero Calderón. Y desde esta perspectiva es que se nos posibilita darle vuelta al lente para observar en la vivencia del desplazamiento latinoamericano: una razón, una ida, una vuelta, un final o un registro textual; a pesar de los retos que ofrece la tarea de clasificar un significativo corpus literario, como se observa en la bibliografía de Antonio Regales Serna.<sup>1</sup> Sin embargo, hay que subrayar que desde el mismo título de la novela de Caballero Calderón *El Buen Salvaje* se nos advierte una posible (re)visita a la mirada con la que Europa miró a América. Esto es, el lugar de los sueños ajenos, donde nació el hombre bueno (idea que encontró su mayor desarrollo con Rousseau), donde no había jerarquías y tanto hombres como mujeres andaban desnudos. Esa mirada se perpetuó como un retrato original y se enraizó en la mentalidad de Europa, pero de igual manera se ha internalizado en nuestras sociedades al endilgarle frecuentemente clasificaciones exóticas a la realidad: “mágica o maravillosa”, que son propias del arte plástico o literario. Este modo de medir, o definir, la realidad hispanoamericana ha eclipsado notablemente la discusión sobre la problemática de nuestra identidad; aunque este perfil y sentido de percepción se replantea en novelas como la de Caballero Calderón y la mirada del “buen salvaje” de Rousseau se revierte. Pues porque a través de la literatura se intenta construir una identidad nacional estableciendo referencias, y diferencias, entre el lado de allá y del lado de

<sup>1</sup> Antonio Regales Serna, «Para una crítica de la categoría literatura de viajes», en *Castilla*, 5 (1983), pp. 63-85.

acá, y poniendo orden a las confusas percepciones sobre la calidad humana y pensante del ser hispanoamericano.

Por su parte, esa mirada en *El Buen Salvaje* registra un intento de dar otra interpretación cohesionada con obras de distintas épocas, y en este caso, hace ineludible su proximidad con la novela *De Sobremesa* en la que el desplazamiento y la imagen de una Europa poco difundida fueron parte fundamental del imaginario. En la novela de José Asunción Silva el desplazamiento real, o ficcional, de sus personajes es piedra angular de su contemporaneidad, que lo llevó a definir el papel del artista latinoamericano en general, y colombiano en particular, para erigirse sin complejos como ciudadano del mundo. En *El Buen Salvaje* el protagonista central (estudiante-escritor sin nombre) se repliega como el José Fernández de Silva en el mundo de la imaginación a fin de encontrar posibles respuestas a sus pretensiones de estirpe distinguida hispanoamericana, a sus divagaciones como creador-escritor, y el sentido de su existencia ante el entorno deshumanizado. Tanto Silva como Caballero Calderón tienen en común la manera de imprimir nuevas significaciones a lo que se pudiera denominar “*el grand tour*” que suponía alcanzar la madurez, tener la capacidad de enfrentarse a la cultura “paterna europea” críticamente y poner a prueba el aprendizaje alcanzado practicado por los letrados europeos desde el siglo XVIII. Si, como señala Edward Said “la fuerza cultural” ha permitido a Occidente desplegar una geografía imaginaria sobre el mundo, los latinoamericanos han diseñado un mapa propio que revela un lugar de enunciación diferenciado.<sup>2</sup> Y como hemos anotado, líneas arriba, Caballero Calderón en *El Buen Salvaje* al (re)tomar el legado de Silva se inscribe en este mapa que le da continuidad a la visión crítica de Europa. Y el punto de encuentro de estas dos visiones críticas se da justamente en el espacio parisino. La ciudad de las luces ocupa un lugar central en los dos textos, y como tal sobresale el aspecto novedoso porque en ese espacio urbano es en el que se han registrado significativas transformaciones histórico-culturales y dialécticas entre la tradición y la modernidad.

Los excesos parisinos, los sueños de artista y la interiorización de los detalles del viaje (sentimental) del José Fernández de Silva están reunidos en forma de diario, o de epístola, siguiendo los modclos de Maria Bashkirtseff, e incluso desde otro estilo *Las Cartas literarias a una mujer* de Gustavo Adolfo Bécquer.

<sup>2</sup> Ver en Edward W. Said. *Orientalism*. New York : Vintage Books, 1994.

En el caso de *El Buen Salvaje* la novela está dividida en una serie de catorce cuadernos de notas como los intitula Caballero Calderón, y el protagonista (estudiante universitario-escritor-sin nombre) va esbozando en primera persona sus ideas para la construcción de su novela; intercala reflexiones en la que mezcla su desazón ante la escasez monetaria y su sensación de vacuidad. Diario, o cuaderno de notas, fue la estructura escogida por Caballero y Silva como punto de partida para la realización de su objetivo estético: la escritura.

Ahora, al leer la novela de Caballero Calderón no con lentes de exégeta literario sino de geógrafo urbano es ineludible no reconocer que ésta es una experiencia de lectura maravillosa. Caballero Calderón con singular manejo de una prosa tersa nos recuerda a *La Comedia Humana* de Balzac, en el que París se nos revela en un conjunto de objetos, en una traza cartográfica social e histórica inconfundible que de otra manera pudiera haber quedado relegada a breves resúmenes en las guías turísticas. En esta descripción espacial, Caballero Calderón nos va delineando pasajes que reflejan los avatares de la vida urbana y a su vez nos (re)presenta las fuerzas sociales omnipresentes dentro de una burbuja en la que se inserta la sociedad burguesa. Todo en su conjunto nos pinta unas clases sociales aparentemente felices e inescrupulosas en su búsqueda del placer –reducida a los vicios y a la fomicación. La felicidad se percibe y se construye en contraste con todo lo que no es, y de esta manera se organiza una serie de oposiciones entre el individuo y la sociedad. De tal forma la felicidad aparece artificial, inauténtica, en un ambiente colectivo donde prima el egoísmo, característica singular de las sociedades individualistas. Y es así como el protagonista (sin nombre) en *El Buen Salvaje* exterioriza su sentir: “-Otro error tuyo consiste en creer que el hombre puede concebir la felicidad en términos colectivos: como un catorce de julio con fuegos artificiales, organillos que cantan a la orilla del Sena y banderas de colores. Y tú sabes que no hay paraísos colectivos; hasta los paraísos artificiales son individuales...”<sup>3</sup> Y en una de sus tantas miradas, el protagonista no desaprovecha ocasión para describir cómo la ciudad de las luces va deshumanizando a cuanto ser humano la habite: “París me había despojado de afectos innecesarios, de ideas paralizantes, de juicios prematuros, pero también de humanidad y caridad”<sup>4</sup> Además, concibe la ciudad como un espacio de tensiones insalubres donde se sufre y se enferma

<sup>3</sup> Eduardo Caballero Calderón, *El Buen Salvaje*. Barcelona: Ediciones Destino, 1966, p. 142.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 254

porque los espacios urbanos son la causa de estos malestares: “para muchas personas París es una enfermedad, y tú has estado muy enfermo”.<sup>5</sup> Es indiscutible, según nuestra lectura, que estas descripciones del espacio parisino están dotadas de una fuerza incontrolable que somete al sujeto.

Las imágenes de calles y pasajes se describen y cambian de acuerdo con las sensaciones del protagonista: a algunas les otorga un carácter olfativo, a otras de temor o regodeo dependiendo de donde se ubique su mirada: “Yo soy una conciencia olfativa que se pasea por las calles, (...) Cuando me moría de hambre, lo que más me atraía al pasar a lo largo de las fruterías o las pastelerías, o delante de los restaurantes y los bistrots, no era la vista de ciertas cosas sino su aroma”.<sup>6</sup> Sus personajes igual cambian de actitud si se encuentran en la zona de Saint Germain, o a la vuelta del Palacio Real, donde se alude a la prostitución no necesariamente a la practicada por mujeres sino a la manera como se vende la clase política o diplomática. Del mismo modo se puede apreciar que el recorrido por la ciudad influye los pensamientos y estados emotivos del protagonista. Es una especie de psicogeografía que se presenta de manera multiforme, heterogénea, y llama la atención cómo describe a los transeúntes que desfilan a la par de sus andanzas:

¿Con qué objeto este absurdo derroche de fealdades originales que hace la naturaleza en esta época gregaria? (...) Rostros escandalosos y repugnantes, pletóricos de comida y de vino. Rostros arrugados, enjalbegados, pintarrajeados, proyectados hacia delante por una nariz en forma de proa de góndola o castillo de carabela. El amorfo y horrible amontonamiento de personas se integra y desintegra, se coagula y se liquida, (...) se arrastra por los túneles convertido en un molusco monstruoso (...) y dentro de esa masa viscosa de modelos individual y originalmente feos, ni un solo rostro amable, ni una sola sonrisa, ni un solo amigo, ni un solo ser humano.<sup>7</sup>

Todo esto transmite al lector la mirada crítica de Caballero Calderón de esa sociedad amorfa y deshumanizada. Mirada que se equipara con el deambular

<sup>5</sup> Ibid., 264

<sup>6</sup> Ibid., 260

<sup>7</sup> Ibid., 262-263

solitario del *flâneur* de Baudelaire, de ese observador anónimo que mantiene su distancia, retirado en su propio mundo, de donde surgen descripciones críticas que parecen pinceladas borrosas: “Es uno de los barrios más tristes de París: un comercio de pacotilla, unos bistrot sin carácter, unas feas estaciones de gasolina y unos edificios pretenciosos que no logran alegrar y ennoblecer las calles”.<sup>8</sup> Esta parte de la ciudad está, por cierto, marcada por una sensación de desazón y poblada de construcciones mezcladas con rasgos locales y universalistas.

Por otra parte, es llamativo observar la manera cómo Caballero Calderón nos transporta a la tradición picaresca en el seno de la moderna París, puesto que en una de las búsquedas temáticas del personaje-sin nombre, para escribir su novela, escoge el perfil del pícaro y el caballero: figuras emblemáticas de nuestra tradición literaria. Y en efecto, ese parentesco con la novela picaresca es notable por la voz que narra en primera persona, con un sentido autobiográfico, de modo que no siempre sabemos cuándo el protagonista de *El Buen Salvaje* habla por experiencia personal, o si retrata individuos o acontecimientos que conoció en las peripecias de su existencia. La vida de la Europa medieval no se había eclipsado totalmente en el siglo XX, pues todavía era visible el contraste de grandeza monárquica y miseria social. Y la supervivencia en un medio lleno de limitaciones económicas y de sueños de gloria, aún seguía conllevando un duro forcejeo por el diario vivir. De ahí que cabe recordar, entonces, que cuando el conquistador y el colonizador vienen a América, quieren continuar en lo posible el estilo de vida de la metrópoli; traen los delirios de grandeza y los sueños de gloria, desean reproducir lo que consideraban bello y noble en el Viejo continente. El hombre que luchaba por encontrar sitio en aquella sociedad abigarrada necesitaba vencer dificultades y obstáculos. Así que la mirada del protagonista, ya en el ámbito literario de *El Buen Salvaje*, retrata la sociedad parisina de la década de 1960 y señala sus males con gracia y soltura.

Ahora, la sucesión caleidoscópica de escenas y pasajes descriptivos, agudos, vividos con variedad de personajes, que vamos encontrando en el transcurso de la novela hasta llegar a la configuración de una semblanza de la sociedad, corroboran su correspondencia con la novela picaresca en el que hay un intento general de proveernos información sobre el carácter social del estudiante, del foráneo

<sup>8</sup> Ibid., 225

moralista, o del escritor agudo y brillante. Ciertamente las descripciones que plasma el personaje-sin nombre abarcan una parte representativa de la acción de la novela de Caballero Calderón, pero al aceptarlas como totalidad reduciría otros elementos y rasgos que subyacen en el texto. De todos modos, el vínculo con la Edad Media, coloca al personaje-sin nombre en sintonía con un compendio de tipos medievales: el peregrino, el aventurero y bohemio y esto le da un rasgo peculiar del estilo medieval: o con más exactitud de la alegoría dentro de la alegoría. Al crear esta doble perspectiva, Caballero Calderón ha dibujado desde el intelectual, y la construcción artística de la Edad Media, hasta los comentarios sobre el mundo contemporáneo combinándolos y reforzando la estructura del pensamiento medieval a los contextos de la realidad moderna. Y en consecuencia, el personaje-sin nombre se nos perfila con una imagen grotesca del antihéroe, quien nos habla como pícaro, aventurero, mendigo, peregrino que irónicamente sigue secretamente la vida de otros personajes con la idea de rescatarlos y salvarlos, cuando su diaria existencia es imprescindible y siempre está en peligro. Su versión es una especie de consolación para la edad moderna.

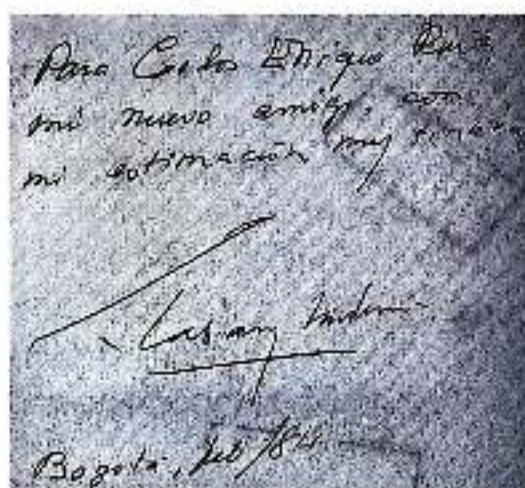
El humor en *El Buen Salvaje*, y existe en abundancia, deriva del panorama de incongruencias entre la acción y las expectativas a través del cual Caballero Calderón permea la novela. Caballero Calderón pone en escena la naturaleza idiosincrática del personaje-sin nombre y su perspectiva del entorno y la balancea equitativamente con la perspectiva cronométrica de un lector moderno: "Mi arbitrio horario de comidas contribuye a esta desintegración de mis percepciones cronológicas".<sup>9</sup> Elementos éstos que claramente se ajustan a la definición clásica de ironía, y de ahí se suscitan incongruencias que inevitablemente resultan en desencuentro de dos puntos de vista del mundo mutuamente exclusivas, y que coexisten simultáneamente en la novela. De esta manera, el enfoque del personaje central basado en esta perspectiva dual pareciera generar simpatía y empatía en los lectores por sus acciones; y éstas dependería en gran medida si se lee con ojos de crítico medievalista o literalmente como lector contemporáneo. A efectos normales, al menos como lector moderno, el personaje-sin nombre no es fácil de expresarle afecto o empatía. Es un tanto arribista, egoísta, inseguro, soñador desesperado que actúa según sus sueños y quien busca protectores a cada día y con quien se tropieza en el camino. Para

<sup>9</sup> *El Buen Salvaje*, p. 249.

un medievalista, al menos guiándose por la tradición alegórica, él es aventurero/pícaro, y quizás mentiroso y presuntuoso:

Recordaba esos datos sobre mi filiación: Mi padre, un cafetero millonario que viajaba frecuentemente a los Estados Unidos como gobernador del Banco Mundial. Murió hace seis meses y yo tengo urgente necesidad de regresar para arreglar asuntos relacionados con la herencia. Mi abuela es una gran señora, caprichosa y desde niña acostumbrada a que la mime el mundo entero. Sólo tiene una preocupación en la vida: que yo sea un personaje importante en la vida.<sup>10</sup>

En la práctica literaria, estos personajes han sobrevivido tradicionalmente por sus dotes de pícaros/mentirosos. Por lo tanto, el protagonista sirve a dos tradiciones en la novela: ficcional como representación real de la persona y metafóricamente como héroe alegórico. En este nivel, metafóricamente hablando, el personaje pudiera convertirse más que en una parodia, más que un pícaro, en una figura grotesca; él se convierte en la encarnación del conflicto entre la realidad pragmática del mundo contemporáneo y el místico medieval. En este sentido, es que podemos percibir el nivel interno de la alegoría, del protagonista, dentro de la mítica París, quien en calidad de pícaro aspira valer en territorio ajeno. Esto puede generar asombro por la ambigüedad de la picaresca. Sin embargo, la respuesta del contexto nos aclara que esta aspiración de valer del protagonista de *El Buen Salvaje* es motivado por dos fuerzas: mientras el europeo, o el parisino más concretamente, se enorgullece de su trasfondo histórico el buen salvaje hispanoamericano se enorgullece de saberse crítico y humano.



E. Caballero-Calderón

<sup>10</sup> Ibid., 220

# El gamonal en la obra de Caballero-Calderón

Jorge-Abel Carmona M.

**U**n concepto síntesis de la formación social colombiana, quizás pueda encontrarse en aquel personaje que pulula en las rígidas estructuras económicas y políticas de nuestra historia local, regional y nacional, sin necesidad de escrutar profundamente las lógicas del poder que se desarrollan en la complejidad variopinta de nuestro país.

Un halo de oscuridad se cierne sobre su testa, causando para muchos un respeto irracional por el ambiente que se genera a su alrededor y gracias a la sacralidad que inspira su figura en todos aquellos que padecen o se benefician de sus actuaciones, lo cual genera, además, un ritmo de comportamientos sociales que rigen los destinos de las personas sobre las que influye.

El gamonal pervive a pesar del paso del tiempo, no obstante los progresos de la ciencia, la técnica y la tecnología, en un mundo de avances vertiginosos que también, parecieran, traer consigo, una transformación de los modos que permiten la movilidad del poder. Pero, entonces, podríamos preguntarnos, ¿por qué aún existen figuras tan particulares como los gamonales?



E.C.C.

Su personalidad es una construcción que se configura dinámicamente, bebiendo de las instituciones sociales que determinan su vida y de un desarrollo interno del mundo psíquico, los cuales moldean al individuo como heredero de un pasado que lo dirige en su marcha por la existencia y que proyecta un futuro que puede cambiar también. El psicoanálisis se convierte, así, en alternativa de comprensión de este personaje central de nuestra formación social.

Una aproximación a la respuesta formulada anteriormente, podría encontrarse en la literatura colombiana. En ésta, y muy especialmente en Eduardo Caballero Calderón, es posible escudriñar los rasgos de personalidad del gamonal, debido a la naturaleza vivencial de las situaciones sociales que expresan las posibilidades narrativas de la novela. Las creaciones de algunos prosistas, que han traducido a través del lenguaje poético las condiciones de la realidad nacional, retratan la forma de ser de la cultura; poniendo personajes en situación, en un entramado argumentativo capaz de mostrar los hilos que se manejan en la política y en la economía, conducen a entablar una mirada sobre dicha realidad, que genera en los lectores una comprensión de la realidad cotidiana, en la que los tentáculos de estos personajes extienden su poder, una de las causas, tal vez, de la conflagración permanente en la que se ha trenzado el país durante todo su proceso de conformación.

Dos novelas del escritor y periodista bogotano Eduardo Caballero Calderón (1910-1993) se convierten en un manifiesto de crítica social ante las condiciones de existencia de los colombianos, radicados en las gargantas de nuestra irregular geografía, como seres que aún permanecen atados a la tierra y al margen del cambio: hablamos de *El Cristo de Espaldas* (1952) y *Siervo sin Tierra* (1954). ¿Qué rasgos, entonces, definen la personalidad de un gamonal colombiano, según estas obras? Esta es la pregunta que intentaremos responder, entretejiendo la presentación de Eduardo Caballero con algunos conceptos establecidos por las teorías de Freud y Eric Fromm.

La configuración social que sirve de fuente para la elaboración novelística de Caballero Calderón está delimitada espacio-temporalmente en la década del 50 del siglo XX.

Los conceptos propuestos, que aquí se desarrollan brevemente y se aplican al tipo de personaje, son inspirados en los planteamientos fundadores; ellos son: *Narcisismo destructor*, desplegado por Freud y que tiene el sentido de encerramiento del individuo en sus propios límites, sin ofrecer flujos de accesos

a fuerzas exteriores que pudieran considerarse para una edificación solidaria de una sociedad distinta; *Filiación tanatómica*, que describe los fuertes deseos de apoderarse de la vida del otro para dominarlo, por la coacción física y espiritual, invisibilizándolo, asesinándolo en presencia o ausencia de su humanidad; *incesto primigenio*, como proyección del apego materno y paterno a personas o instituciones, que vienen a sustituirlos, y en los que se reproducen las pasiones irracionales que condicionan el comportamiento posterior del Yo; *el super-yo desbalanceado*, que asume el predominio en el direccionamiento de la personalidad individual procurándole autoridades exteriores y desequilibrando al hombre en sus posibilidades de convertirse en ser humano libre; *frustración desiderativa*, causante de los celos y la envidia manifiesta en todas las relaciones sociales de los colombianos, como consecuencia de las continuadas creencias de los recursos vitales a lo largo de toda la historia nacional.

Si bien, el énfasis de comprensión, inclina su mirada hacia el personaje individualmente concebido, la configuración de su personalidad, es un constructo de componentes con profundas influencias sociales, que se generan en el contexto en el que aquel estructura su vida. Veamos.

## 1. Rasgos psicológicos

Narcisismo destructor. El seguimiento de la doctrina religiosa con su cuerpo de principios morales, no orienta las acciones cotidianas; el narcisismo de los gamonales es una vía de escape que permite combatir sus pulsiones destructivas. Dios es una barrera que frena a los hombres a través de la proyección del temor que sienten hacia los seres divinos. Su vestuario ostentoso en reuniones públicas, conjuntamente con la dramatización del poder, infunden respeto, temor y la demarcación de los límites en términos de la dominación económica. Esa es la constante práctica de Don Ramírez, el gamonal de *Siervo sin tierra*, la novela de Eduardo Caballero Calderón: "Todos se visten de paño, en reuniones públicas en donde ostentan y definen la política del pueblo" (Caballero, 1975: 92). Esa es la costumbre de las figuras de autoridad que definen la política en un cenáculo cerrado sin posibilidades de participación popular.

El gamonal se siente solo, por eso recurre a Dios; él es su guía en medio de su profundo dolor. Se encuentra en el fondo de la figura un intenso desgarramiento interior, una afectación por su no pertenencia. Su encerramiento ha hecho de su Yo la imposibilidad de dirigir sus energías a una entidad distinta a él

mismo. Sólo su obsesión por el partido político que defiende, o sus convicciones cerradas en colaboración no solidaria, tienen toda su atención como empresa. En él, coexisten fuerzas de intensidad incontrolable: ira, miedo, dolor, depresión que instigan el desarrollo de defensas agresivas (Fromm, 1991: 84).

La intimidación y la generación de miedo son respuestas que el Yo despliega en su lucha para no caer presa de sus propias fuerzas interiores. Recordemos la intransigencia de Don Roque Piragua, el gamonal conservador de la novela *El Cristo de Espaldas* "... Se había casado ya muy maduro, y más por interés que por otra cosa con la hermana de Don Pio Quinto flechas, a quien por ser el gamonal de un pueblo donde todo el mundo le temía, no había quien osara contrariarlo" (Caballero, 1981: 50). Pero la intimidación cobra otros matices cuando la ilusión creada en el mundo psíquico, por acción de la fuerte opresión infundida por el superyo sobre el Yo, se hace insoportable como una autoimagen narcisista y requiere una corroboración en la realidad mediante el exterminio físico del otro. La violencia física y la violencia simbólica son la objetivación de ese narcisismo elevado a un nivel incontrolable (Fromm, 1991: 91).

Filiación tanatómica. La frustración de la vida se configura como una de las principales causas de los deseos de venganza. El resentimiento se acumula a lo largo del tiempo y en algún momento se objetiva en muerte. En *Siervo sin tierra*, los forajidos que salen de la cárcel, se encumbran por los despeñaderos de la geografía boyacense. Todo en ella es miseria, angustia, por no conocer exactamente el motivo principal de su sufrimiento. Alguien mata a otro por venganza por el robo de una camisa. La ignorancia, confundida en Siervo Joya con la ingenuidad y con el candor, se vuelve asesinato. A él lo juzgan por matar sin motivo, porque el motivo es el partido conservador. No se odia a nadie, pero se odia a todo el conjunto conservador

Incesto primigenio. Las órdenes del gamonal son las órdenes del partido. La carencia de protección es el polo opuesto del miedo. Pero a éste sólo le interesa acumular prestigio para abastecer su necesidad de narcisismo. A sus decisiones se acogen todos aquellos hombres humildes que no son libres. Por eso la libertad es la negación del gamonal, el siervo Siervo, no protesta porque Don Floro lo sabe todo. La muerte de Don Roque, el gamonal conservador del Cristo de espaldas, infunde terror con sus amenazas constantes. Después de muerto seguía suscitando la admiración del pueblo, ya era un héroe, una leyenda capaz de desafiar el paso del tiempo.

Superyo en desbalance. Cualquier conformación social, su modo de estructuración y su funcionamiento, necesariamente se inscribirán como huellas indelebles en los marcos que envuelven la personalidad psíquica del hombre. "La represión social externa es concomitante con la represión interna de los impulsos". (Adorno, 1965: 708). Los distintos estratos de ella se irán acumulando como las diferentes capas que moldean la tierra y cuya superficie apenas alcanzamos a observar en los residuos de la conciencia. Cuando la personalidad individual del hombre se configura, desplegando el sadismo o el masoquismo en diferentes niveles, según las influencias de las personas con las que se identifique el infante, un excesivo superyo se vuelve torturador del Yo, lo toma inseguro; y una deficitaria influencia produce un desborde psíquico por la falta de diques contenedores de las pasiones internas.

La inseguridad del Yo refuerza sus dudas porque teme ser débil y promueve constantemente su sentimiento de culpa. El resultado será una tendencia sadomasoquista permanente. Los individuos devienen sádicos o masoquistas debido a que tienen necesidad de defender al Yo de un monto excesivo de ansiedad. Dicha inseguridad crea un estado de alerta, de disposición para la agresión contra el otro, al que ve como un potencial enemigo; asimismo, se establece un temor a la pérdida de algo; esas dudas que lo invaden hacen del individuo un caminante sin rumbo, al tanto de lo que podría suceder, más que de aquello presente. Es un coloquio permanente con la incertidumbre, un irse enajenando y remontando a un lugar de la fantasía; es un abandono de la realidad que lo lleva a inventar otra, en la que los demás sólo existen como atacantes, y donde, para mantener vida propia, es preciso dominar la jungla en la que coexiste con ellos.

Surge el deseo de convertirse en un líder fuerte que supedita el Estado a sus prerrogativas, al conformismo ilimitado, al convencionalismo y a su dominio de la realidad. Corre el riesgo de generar un ambiente propicio para su propia incapacidad y de dar forma a la autoridad interior de la conciencia o de dar salida a sentimientos ambivalentes: impulsos hostiles y rebeldes reprimidos por el temor, que llevan a exagerar el respeto, la obediencia y la gratitud. El líder fuerte se convierte en autoritario porque está gobernado por un superyo que lidia con las tendencias del ello y es impulsado por el temor a ser débil.

Ahora bien, ¿Qué rasgos de la personalidad individual constituyen al individuo autoritario? una resolución inadecuada del Complejo de Edipo puede cau-

sar una represión en el Yo, con un super-yo irracional y en un estado de represión externa concomitante con la represión interna. El resultado extremo sería la obediencia y la sumisión como rasgos sobresalientes del carácter individual, si hablamos en términos frommianos, y de personalidad, en términos de Adorno.

En *El Cristo de espaldas*, don Roque Piragua, el dirigente conservador que embauca a las mujeres para luego embarazarlas, que desconoce sus hijos y luego se burla de sus responsabilidades, utiliza la fuerza física y simbólica para conservar el poder que tiene sobre las personas a las que domina ilimitadamente. Despojar a los campesinos de sus posesiones es una forma de martirizarlos; con el cobro de sus cuotas y las boletas amenazantes, se recrea un clima de tensión que se eleva a violencia simbólica, con latencia, que incuba agresiones físicas. Su similitud es apenas comparable con *La mala hora*, la novela de García Márquez. Las cosas se avecinan, son inminentes, la muerte es una realidad esperada.

Frustración desiderativa. La acumulación desbordada es una compensación para dar salida al desbalance creado por la frustración. La carencia de amor es carencia de condiciones dignas para la vida material y espiritual, es decir, para la vida. Don Roque, el gamonal conservador de *El Cristo de espaldas* es un hombre rico que compra lo que quiere porque lo puede todo. Su poder es divino, por lo que la frustración es atributo negativo, negación para los otros, exterioridad. Las falencias infantiles se enmascaran con las posibilidades presentes. La ostentación compensa, mientras que la expropiación margina y crea placer. El principio de la realidad queda de alguna manera desvirtuado por la satisfacción del placer. Se aferra a lo que tiene y quiere reproducirlo, aumentarlo. "Pío Quinto, hombre muy rico que por toda suerte de artimañas fabricó una respetable fortuna, acogotando los vecinos del pueblo a quienes les daba en préstamo dinero sobre hipotecas, y corriendo las cercas de alambre de sus tierras de las de los aldeanos. Tenía fincas en toda la región, desde el pueblo de abajo, a la orilla del río hasta el pueblo de arriba en pleno páramo". (Caballero, 1975:110)

## 2. Configuración del gamonal colombiano

Se ha dicho que el narcisismo destructor es una propensión individual por la construcción de un mundo propio, dentro del cual las influencias exteriores operan como transmisores de información que incrementan el retraimiento. En

esas condiciones, se busca una salida para el temor manifiesto a la muerte propia, que necesariamente deviene en agresividad a los otros, a los que se agrede física y simbólicamente. El mundo imaginario requiere confirmaciones fácticas, de modo tal, que, al otro, se le humilla, se le maltrata, se le desaparece, con el fin exclusivo de obtener todo aquello que satisfaga los deseos individualistas. Ese narcisismo desbordado se convierte en filia tanatómica, por la que se ataca al otro, se le inflige venganza y se le considera un medio para el logro de fines narcisistas. Uno de los factores centrales de ese temor que infunde una inclinación narcisista es la necesidad de las figuras de autoridad, internalizadas en la infancia y resueltas de una u otra manera en el Complejo de Edipo. Los impulsos sadomasoquistas obran en el individuo descompasadamente martirizando al Yo. Esa descompensación busca salidas a través de realidades exteriores que puedan suplir las carencias o las urgencias de esas figuras infantiles que permanecen latentes en el interior del mundo anímico. En esas condiciones la necesidad del padre permanece, y son instituciones como la Iglesia, el Estado, la familia, quienes darían salida a los desórdenes psíquicos. El Padre sigue operando en el exterior; las figuras de autoridad asumirían el cuidado del sujeto, moldean sus rasgos definitivos en su personalidad, determinan el comportamiento posterior y asumen responsabilidades que competirían al individuo exclusivamente. Ese ambiente desalentador, obtiene su poder de las carencias de todo tipo, propiciadas perversamente por las condiciones del medio en el que se desarrolle la vida del sujeto. La frustración de deseos, así, se constituye en la fuente central de configuraciones autoritarias, si bien no exclusivamente, sí obtiene ribetes de máxima influencia sobre la conformación de una personalidad de este tipo.

Los personajes de Eduardo Caballero Calderón muestran las carencias que sustentan todo su universo vital. Su humildad se contrasta con la opulencia de los gamonales, que, a través del ejercicio de una violencia sistemática, dominan el acceso a los recursos mínimos para una existencia digna de todos los habitantes sobre los que tienen influencia. La frustración desiderativa, como una no presencia estatal, suplida por los personajes autoritarios de tipo gamonalístico, se han convertido durante toda nuestra historia en un impulso permanente en la proliferación de una filiación tanatómica, que se objetiva en el exterminio del otro como limitación que inhibe el profundo narcisismo de quien desee controlarlo todo, en detrimento de seres despojados de los más elementales medios de vida. La conciencia moral, como interiorización de los límites externos, presio-

na de manera hostil sobre las posibilidades emancipadoras de un Yo libre, que encuentre en los otros una liberación de potencias y no un obstáculo para la vida.

Ese rico simbolismo de las novelas mencionadas, toman cuerpo en cada uno de los personajes que se entrelazan complejamente, para mostrar en cada lugar geográfico, o en los nombres o las posesiones de los individuos, las actitudes más características de nuestro país, como un prototipo que se reproduce constantemente para conformar un cuerpo de principios identitarios que toman fuerza creadora en las vivencias focalizadas de cada situación particular.

El gamonal colombiano, descrito magistralmente en las novelas anteriormente analizadas, desarrolla rasgos de personalidad de características similares entre distintos individuos, pero con matices que se configuran enfáticamente desiguales. Dichos rasgos, no se construyen necesariamente de la misma manera, ni se presentan en su totalidad, pero sí proliferan más o menos recurrentemente en aquella figura autoritaria que abunda en nuestra configuración social.

## **Bibliografía**

- CABALLERO, C (1975) "El Cristo de Espaldas". Colombia: Bedout
- CABALLERO, C (1981) "Siervo Sin Tierra". Colombia: Bedout
- CABALLERO, E (1974) "Panorama de la realidad colombiana". Colombia: Instituto colombiano de cultura
- FREUD, S (1993) "Los textos fundamentales del psicoanálisis". España: Altaya
- FROMM, E (1986) "El corazón del hombre" México: Fondo de cultura económica
- FROMM, E (1971) "Miedo a la libertad". Argentina: Editorial Paidós
- FROMM, E (1991) "La condición humana actual". España: Paidós
- FROMM, E (1957) "Ética y psicoanálisis". Colombia: Fondo de cultura económica
- FROMM, E (1964) "Psicoanálisis de la sociedad contemporánea". México: Fondo de cultura económica
- ADORNO, T, FRENSKEL-BRUNSWICK E, LEVINSON E Y SANFORD R (1965) "La personalidad autoritaria". Argentina: Editorial proyección

## “Manuel Pacho”

Jairo Ruiz-Mejía

**E**s un privilegio de pocas personas imaginar historias y contarlas con excepcional talento como lo hace Eduardo Caballero Calderón en “Manuel Pacho”. Relato, o novela “ejemplar”, como él mismo lo llama, narra la historia de un joven de veinte años que decide llevar auestas el cadáver de su padre asesinado por bandoleros al pueblo, a tres días de camino. Con holgura y riqueza literarias propias de un purista en el arte de escribir, Eduardo Caballero se inventa una odisea increíble con un héroe muy pintoresco: Manuel Pacho con el cadáver de su padre auestas en pleno llano colombiano. La anécdota relatada —en el decir del autor— tiene un motivo central: el “heroísmo” de un “personaje grotesco que se agita en el filo de lo humano” tratando de llevar un cadáver al que es necesario darle cristiana sepultura. Es lo que decide el simiesco personaje cuando, impotente, presencia el asesinato de su mamita, de sus acompañantes en la hacienda y el de su viejo, rico hacendado de un hatillo llanero. La travesía la inicia con un acto descorazonador y absolutamente cruel: le mocha a la altura de las rodillas las piernas al cadáver para poderlo llevar auestas, dadas la altura de uno y el enanismo del otro.



E.C.C.

La historia es de una sencillez curiosa que demanda laboriosidad y conocimiento en el arte de escribir sin triquiñuelas argumentativas, con la naturalidad y el cuidado de un artista de la lengua escrita. Su tema es desconcertante, extraño, grotesco, y con el trascorrir de las páginas, en medio del exotismo propio del argumento y del personaje, alcanza niveles literarios de alto vuelo. A medida que transcurre el viaje, Manuel Pacho -“enano rechoncho, con jeta de caballo, feo como un mono, con orejas de murciélago, astuto como una serpiente cascabel, y tan fuerte que puede derribar un toro de un puñetazo”- recuerda en solitario sus días en la hacienda, sus tres años de internado en Tunja, su dependencia absoluta de la mamita y el viejo, su animalesco comportamiento en medio de los animales. En el transcurso del viaje “el vistazo retrospectivo, el monólogo interior, el diálogo indirecto -soliloquio, diría Antonio Caballero- y el pasado actualizado, son los vehículos más poderosos de la expresión artística del contenido”, nos dice Germán Darío Sarmiento Carrillo en su libro *La novelística de Eduardo Caballero Calderón*.

Al decir de Antonio Caballero -en la edición del libro de la colección Cara y Cruz, de Editorial Norma-, hijo del autor y escritor como este, “Manuel Pacho es un libro hecho del puro gozo de las palabras, como un poema de Rubén Darío” y agrega: “Tanto el personaje central, un densamente simbólico hombre primitivo, como su “circunstancia”, el gran llano que representa la naturaleza en su pureza original, se presentan de modo descaradamente literario en este libro. No hay disfraz sociológico, ni histórico, ni psicológico, ni botánico, y buscarlos sería para un lector perder el tiempo que no quiso perder el autor en encontrarlos”.

Valiéndose de recursos literarios legítimos y depurados por trabajos anteriores como en *El Cristo de espaldas* y *Siervo sin tierra*, Eduardo Caballero Calderón recrea la historia con un narrador que se mueve omnipotentemente en diferentes tiempos, casi que simultáneamente, dándole a la historia un dinamismo y riqueza literaria de excelente calidad. En un momento está describiendo la putrefacción del cadáver con la sanguaza chorreándole por todo el cuerpo a Manuel Pacho y enseguida narra los días terribles en la Tunja del internado. Pasa de un presente tortuoso a un pasado febril, de espantar con su machete a los hambrientos zamuros, al goce que le deparaba recordar a su novia de Sogamoso, cuando pasó lo que tenía que pasar y ella, experta en asuntos de sábanas, le decía: “eres una bestia, un salvaje, un animal, un monstruo, un cochino, un caballo...”.

Este libro es una pequeña obra maestra en el arte de narrar con sentido artístico y social a la vez. Reúne elementos literarios de gran valor estético como

cuando narra en una pequeña sinfonía literaria el momento que una mapaná se dispone a engullir un sapo encaramado en el bulto hediondo del cadáver del viejo: “Los micos negros y cariblanos dejaron de chillar en las copas de los árboles. Enmudecieron las loras, los pericos y las guacharacas. Hasta las chicharras dejaron de cantar. Un silencio caliente cayó del cielo en mitad del claro de la mata de monte. Solo un despreocupado zancudo zumbaba a ras de tierra.....ZZZZ..... en torno de un palito seco, proyectado hacia lo alto”. Pero también encontramos en el recorrido lento y cadencioso de sus hojas la reflexión cáustica y mordaz de la educación y la política en nuestra cultura. Aprovecha la ocasión de Manuel Pacho en Tunja para poner en blanco y negro la dualidad entre civilización y barbarie, entre el campo y la ciudad, entre lo natural y lo artificial. Como lo dice figurativamente: “Y Dios arrojó a Caín del Paraíso Terrenal, es decir del llano de Casanare, y lo metió de cabeza en el colegio de Tunja” y complementa en otro aparte: “En la ciudad, todo parece forzado, innecesario, antinatural, y hasta la risa es una moneda falsa que se puede doblar con los dientes”.

Al final del libro Eduardo Caballero Calderón escribe un “Epílogo que ha podido servir de prólogo” donde trata de explicar –inútil y equivocadamente, según su hijo Antonio Caballero– los motivos y las circunstancias que lo llevaron a escribir el libro y entre otras cosas dice que quiso “revelar que hasta el hombre más anodino puede tener cualquier día su momento de heroísmo y sublime generosidad”. Hacerlo héroe a Manuel Pacho, o hacerse héroe él mismo, es un asunto que tiene una trascendencia frívola, una sublime estupidez, que se explica desde ópticas opuestas. Por un lado su accionar es una labor que redime su cobardía, que enaltece su dignidad, que cumple un propósito cristiano: el de enterrar a sus muertos con todas las de la ley. Pero por otro lado su actuar es irrelevante, sin sentido, inútil, grotesco como su gestor. Mirar el libro con otra perspectiva, como lo recomienda Antonio Caballero, es otra opción que vale la pena intentar.

El final del libro, cuando por fin Manuel Pacho llega a Orocué, su destino último, con lo que queda del cadáver a cuestas, oliendo a mil demonios y seguido de una jauría infinita de los perros del pueblo, muestra al héroe de la historia al borde del abismo insondable, próximo a coger el camino del anonimato, y de la servidumbre. El final de la historia, de su hazaña, de su misión, ensombrece al héroe, reconocido como tal sólo por sí mismo. La muerte lo hubiera redimido del anonimato, de la esclavitud. Pero el autor no quiso dársela como premio. Se la llevó encajonada en los confines de sus secretas intenciones.



## Notas

**Palabras en el funeral del Académico Prof. Dr. Carlos Patifio-Rosselli** (por: Cecilia Balcázar de Bucher, miembro de número de la Academia Colombiana de Lengua; Bogotá, 5 de septiembre de 2010). Familiares, amigos, colegas de Carlos: Me ha concedido la Academia de la Lengua el honor inesperado y excesivo de decirle aquí adiós a Carlos Patifio. De decirle adiós al ser humano y al lingüista; Honorable Miembro de Número de nuestra Institución. Vivió hasta su última hora dedicado al servicio de la lengua; al estudio de los complejos sistemas en los que el ser humano ha articulado su asombrosa capacidad de lenguaje, erigiendo con él una poderosa muralla ante la muerte. Tal es el tema privilegiado en la reflexión de los más connotados filósofos contemporáneos: *El lenguaje y la muerte*.

Me corresponde tomar la palabra en el intersticio marcado por la *isoglosa* -como diría un lingüista-, que delimita en el territorio las fronteras de las formas del habla. Y que, análoga y metafóricamente, indica con su trazo, en el abismo de la vida y la muerte, la presencia o la ausencia de lenguaje, atributo que nos define como especie.

Debo entonces, dirigirme a Carlos, desde este lugar simbólico de la cultura, ante ustedes, en nombre de todos; sugiriendo un instante sagrado de silencio. (...)

Me obliga pronunciar, desde la orilla del más acá de esa línea divisoria, palabras de reconocimiento; palabras de pesar y también palabras de alegría por su tránsito; palabras de celebración por lo que fue su vida tan llena de merecimientos.

Me mueve levantar, hacia la orilla del más allá, en la bruma del tiempo transitorio que hemos creado, el pañuelo blanco del "a-Dios". Y aspirar a vibrar con ustedes, en alta frecuencia atemporal, haciendo audible para el espíritu del amigo que se ha ido al reino del misterio, nuestra voz interior, nuestra oración callada.

Nos acercamos hace algunos días en medio de unas lágrimas, apenas retenidas, que expresaban el dolor por el desprendimiento inminente; por la partida de este mundo que a veces consideramos sombríamente como nuestra única y última morada. Adiós dijimos, y después del breve coloquio, del encuentro sutil, en el crepúsculo que se asomaba por la ventana de las torres blancas, surgió la sonrisa suya inolvidable. Adiós; ya sin palabras; con el liviano gesto de la mano proyectado en el aire, como si, reconfortado, estuviera diciendo "hasta la vista".

Pasamos a veces con los amigos y conocidos muchos años en interacciones profesionales, amistosas, significativas en el plano intelectual. Pero hay un momento extraordinario, de una profundidad indescriptible, como lo explica Martin Buber, en el que se da *el encuentro* con el otro. Más allá de las palabras; en la mirada; en la emoción que puede expresarse en dimensiones desconocidas de la comunicación; en el cálido apretón de una mano que reconoce el afecto, el aprecio que se ha experimentado.

No sé cómo expresar ese aprecio que todos los que estamos aquí profesamos por Carlos. Por su persona, ante todo, vertical e íntegra. Por su dedicación profesional y su responsabilidad ante las tareas que asumió en la vida. Como investigador insomne; como profesor dedicado y solícito; como miembro destacado y reconocido de instituciones educativas, entre otras la Universidad Nacional, la Universidad de los Andes, el Instituto Caro y Cuervo. En la Academia Colombiana de la Lengua pudo dedicarse en los últimos años a su labor de cuidado y de afecto hacia la lengua, dirigir con acierto la Comisión Lingüística y convocar la participación de los lingüistas del país -muchos de ellos sus alumnos-, en un libro póstumo que recoge el estado del español en Colombia.

Durante más de ocho años le brindó Carlos su apoyo al PEN de Colombia, convencido como estaba de la necesidad de defender la libertad de expresión de los escritores de todas las tendencias. Porque fue un demócrata íntegro. Entusiasta hasta última hora de las acciones que denunciaran la tiranía y que pudieran afianzar la institucionalidad del Estado. Su labor como lingüista y etnolingüista se confunde con la visión política que le dio carta de ciudadanía a formas diferentes de relacionarse con el mundo a través de la lengua; es el caso de su trabajo pionero sobre el Palenque de San Basilio desarrollado en colaboración con la

antropóloga Nina de Friedeman. Su visión pluralista que abarca también la diversidad epistemológica de nuestra América, se expresa en el espacio que le dio en el mencionado volumen, tanto a las lenguas aborígenes como a las lenguas extranjeras vigentes en comunidades lingüísticas asentadas en nuestro territorio.

Al retrato somero de la vida de Carlos lo matiza la luz de su temprana vocación poética. Muy joven publicó junto con Alvaro Mutis un poemario, *La balanza*. No conocemos producción posterior suya en este campo, pero como poeta auténtico y sensible convirtió su propia vida en un poema de equilibrio entre la poesía y la ciencia, con ecuanimidad, con franqueza y lealtad en la amistad; con entereza de carácter; con oculta y mesurada ternura. / Paz en su tumba.

**Hemos recibido...** “Rutas de libertad - 500 años de travesía”, obra colectiva, conmemorativa en el 2011 como “Año Internacional de la Afrodescendencia”; editor general: Roberto Burgos-Cantor (Ed. Ministerio de Cultura & Universidad Javeriana, Bogotá 2010). “Así se construye a Colombia - Viaje por las huellas de un país pensado para siempre”, bella edición financiada por la empresa “Cementos Argos” y preparada por Juan Luis Mejía-Arango, en calidad de director académico, quien dice en la presentación: “Este libro rescata sueños de

años, ilusiones que tardaron generaciones en materializarse, acciones cercanas a la épica que muchas veces regresaron al olvido. Aquí se registran algunas de las obras que han permitido a los colombianos integrarse como nación, comunicarse con el mundo, mejorar sus condiciones de vida: cuánto esfuerzo ha costado construir esa obra colectiva que se llama Colombia.” (Ed. Tragaluz editores S.A., Medellín, Col., 2010). “Los marqueses de Santa Coa - Una historia económica del Caribe colombiano 1570-1810”, de Vladimir Daza-Villar (Ed. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá 2009).

“Entorno natural de 17 ciudades de Colombia”, editor: Michel Hermelin; Ed. Universidad EAFIT - Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales - Sociedad Colombiana de Geología; Medellín 2007. “Una etapa en el desarrollo de la Química en Colombia”, de Santiago Díaz-Piedrahita & Marietta Mejía de Mesa, Ed. Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Colección Luis Duque-Gómez No.2, Bogotá 2010. “Una escuela y cuatro naturalistas del siglo XIX”, de Santiago Díaz-Piedrahita, Ed. Academia Colombiana de Historia, Biblioteca de Historia Nacional, volumen CLXIV, Bogotá 2005. “Biografía del Salto de Tequendama”, de Santiago Díaz-Piedrahita & Maria Victoria Blanco-Castañeda, Ed. Fundación Granja

Ecológica Porvenir, Bogotá 2010. De la historiadora boliviana, Rossana Barragán, los siguientes libros: "Asambleas Constituyentes - Ciudadanía y elecciones, convenciones y debates 1825-1971" (Ed. Muela del Diablo editores, La Paz, Bolivia, 2006); "Miradas a la Junta de La Paz", en colaboración con Cristina Machicado, Andrea Urcullo, Carlos Zambrana y Cecilia Ramallo (Ed. Gobierno Municipal de La Paz, La Paz 2009); "De Juntas, Guerrillas, Héroes y Conmemoraciones", Rossana Barragán, compiladora (Ed. Gobierno Municipal de La Paz, La Paz 2009).

De Cayetano Betancur (1910-1982): "Filosofía de la Educación", con prólogo de Marta-Elena Bravo de Hermelin (Ed. Universidad EAFIT, colección Rescates, Medellín 2009); "Cayetano Betancur, una vida para la filosofía - Selección de ensayos", con prólogo de Marta-Elena Bravo de Hermelin (Ed. Universidad de Antioquia, Medellín 2006). "Cartas desde la Nueva Granada", de Rensselaer van Rensselaer (1801-1850), traducción del inglés, prólogo y notas: Humberto Barrera-Orrego (Ed. Universidad EAFIT, Medellín 2010); "Viaje de América a Jerusalén", de Andrés Posada-Arango (1839-1923), Ed. Universidad EAFIT, Medellín 2010,

"A tres bandas - mestizaje, sincretismo e hibridación en el espacio sonoro iberoamericano": Tercer Congreso Iberoamericano de Cultura, Medellín, Col., 2010 (Ed. Ministerio de Cultura de

Colombia, SEACEX, Gobierno de España, Medellín 2010); "Amores sin tregua", de María-Cristina Restrepo (Ed. Seix Barral, Bogotá 2006). "Colombia en la poesía colombiana - Los poetas cuentan la historia", Premio Literaturas del Bicentenario, Ministerio de Cultura, Col.; selección de: Luz-Eugenia Sierra, Joaquín Mattos-Omar, Amparo Murillo-Posada y Robinson Quintero (Coedición: Ministerio de Cultura, Fundación Confiar y BiblioAmigos, Bogotá 2010). "Revolución Educativa 2002-2010: Acciones y Lecciones", Informe de la Ministra de Educación Nacional, Cecilia-María Vélez y su equipo (Ed. Ministerio de Educación Nacional, Bogotá 2010), "Colección Bicentenario - Historia Hoy - Aprendiendo con el Bicentenario de la Independencia" (Ed. Ministerio de Educación Nacional, Bogotá 2010).

De la notable historiadora venezolana, Inés Quintero, hemos recibido sus siguientes obras: "La criolla principal - María Antonia Bolívar, la hermana del Libertador" (Ed. Aguilar, segunda edición, Caracas 2008); "La palabra ignorada - La mujer: testigo oculto de la historia de Venezuela" (Ed. Fundación Empresas Polar, Caracas 2007); "Antonio José de Sucre - Biografía Política" (Ed. Academia Nacional de la Historia, Caracas 1998); "La Conjura de los Mantuanos" (Ed. Academia Nacional de la Historia, Caracas 2008).

"Autobiografía intelectual: elaboración de una teoría del sistema social", de

Talcott Parsons, en traducción de Gabriel Restrepo, de quien se incluye su estudio: "La traducción teórica y la obra de Parsons como deuterio-aprendizaje" (Ed. Universidad Nacional de Colombia, facultad de Ciencias Humanas, cuarta edición, Bogotá 2009). "Razón de la frontera y fronteras de la razón", de Fernando Zalamea (Ed. Universidad Nacional de Colombia, Vicerrectoría Académica, Bogotá 2010). "El programa cultural y político de Marta Traba – Relecturas"; memorias de la "Cátedra Marta Traba"; Editor: Gustavo Zalamea (Ed. Universidad Nacional de Colombia, facultad de Artes, Bogotá 2010).

**Nos escriben...** Querido Carlos-Enrique: ¡ALEPH RENOVADA! Tu trabajo sobre el profesor francés Edgar Morin en relación a la cátedra y con el agradecimiento personal del escritor, en las primeras páginas, ha sido una novedad que enriquece la revista. El pensamiento tan apreciado de María Zambrano y los poemas de Pantigoso que combinan con las prédicas de Morin, han sido elecciones muy, pero muy acertadas para el N° 154 de Aleph, todo embellecido con los trabajos plásticos de nuestra ya común amiga, Soledad Silva. En todo este número ya avanzado se refleja tu elevado criterio, tu esfuerzo y sacrificio. ¡Felicitaciones! Recibe el abrazo de tus dos amigos de siempre y para siempre, Guillermo Rendón y Anielka Gelemur (Manizales, 15.IX.2010)

"Maestro, comprendo claramente su no vocación de partido, en este país, que a diario los vende en vitrinas melancólicas, como la unidad nacional. No alcanzo a comprender eso del intelectual anarquista, ya quisieran todos juntos, poseer la humanidad que usted es, ha sido y será, por los siglos de los siglos./ Muy bello lo del pragmático utilitarismo de la rentabilidad, del consumismo desbocado, pero pasar luego a afirmar que la racionalidad no cabe todavía en el ser humano, sería negar la poca con la cual hemos logrado pervivir durante siglos. Nuestras rentabilidades son el silencio, la creatividad, la capacidad de amar, el placer de pensar. La racionalidad, a veces, es muy injusta con nuestras fragilidades en la amistad, el conocimiento, el juego. Entonces la expresión no sería Dios proveerá, saber nostálgico de las abuelas.

"Su fuerza, Maestro Carlos Enrique Ruiz, no es propiamente nostalgia, es creatividad, es pregunta, es camino por recorrer. De no ser así, solo nos quedaría la expresión del médico Jorge-Luis Buitrago, en su hermoso poema...*Señores, paren el mundo, yo me bajo.* Su fuerza es eco vivo en mi memoria, es grito aun no acallado, es ira en los territorios del deseo./ El Dios de las nostalgias es el poder mismo, con santos a bordo, demonio sin cuartel. Que más nostalgia que la de combatiremos la pobreza, Lograremos igualdad para todos, Con educación tendremos el desarrollo anhelado,

punto cadeneta punto y dele y dele y dele y dele, desastre,

“Maestro, su, imagen como presencia de una ética ciudadana, en legítima pintura de Mockus en la plaza de Bolívar de Manizales, no lo obliga a semánticas de partido, pero si lo llama como partitura en Si mayor, punto de partida, cultivo de lo posible. Un rapero de Bogotá, apodado Penumbra, en una historia de vida decía...*Necesito devolverle a la calle lo que ella me ha dado.* Maestro, un día lo definí a usted como UN HACEDOR DE COLINAS, en los primeros 10 años de la *Revista Aleph*, en texto de pergamino. Hoy me ratifico, en mis 60 años de pesado trasteo por la tierra, en cuerpo de militancia terrenal.

“Maestro, soy hombre de abismos y topografías asesinas del deseo, pero también soy de fidelidad con quienes me enseñaron a amar la vida, me enseñaron a pensar, me enseñaron a amar las palabras y sus infinitas posibilidades. Usted me ha enseñado caminos imborrables, como el de la conversación bajo la niebla./ Abrazos Emilianos.”

Pedro Zapata (Medellín, 26 de septiembre de 2010)

**Palabras de un homenaje.** “La extraordinaria conferencia que nos brindó esta mañana Carlos-Enrique Ruiz, en la inauguración del XIII Congreso Colombiano de Geotecnia, puedo condensarla en tres aspectos fundamen-

tales y una reflexión personal:/ Primero: El valor histórico del documento por cuanto reseña cómo ha sido el desarrollo de la Geotecnia, visto desde Manizales, esta atalaya de los Andes Colombianos./ Segundo: Tiene un valor especial de testimonio por lo que dijo y por quien lo dijo, en lo pertinente a la gestión del riesgo en Colombia./ Tercero: Desde el punto de vista literario es una pieza magnífica, que no nos toma por sorpresa porque conocemos toda una historia de vida detrás de ella, cuyas evidencias pasan por la Revista Aleph y por una trayectoria intelectual y cultural reconocida en el país e internacionalmente. Carlos-Enrique Ruiz ha sido sin duda (y es) el embajador de la cultura por parte de la ingeniería colombiana./ Desde hace unos 40 años he participado en la planeación, la organización y el desarrollo de muchos eventos de la geotecnia colombiana y puedo decirles que la conferencia inaugural de hoy no tiene paralelo; es singular, exquisita, conmovedora y formativa; destaca a Manizales como meridiano de la cultura./...” Manuel García-López, oferente del homenaje a CER (En Manizales, Museo de la Ciencia “Samoga”, UN; 21 de septiembre de 2010; 08:30 p.m.)

**Recepción del poemario “El clamor de la clepsidra”** (CER, Ed. Revista Aleph, número 7 de la serie; Manizales 2010). -“...cómo me alegra ver esa profusión de metáforas

serenas y profundas, me gustan estos versos tuyos,..." Nelson Vallejo-Gómez (Buenos Aires, 22.VII.2010).

"Es un libro muy hermoso. Admiro mucho tus poemas, el cómo ellos retratan la belleza y la sencillez que hay en paisajes cotidianos, en sueños, en pensamientos volátiles, en las ilusiones, los atardeceres, los secretos de la noche..." Catalina Villegas (Montreal, 31.VII.2010)

"Es un poemario de una unidad de tono del principio hasta el final. Son poemas cargados de experiencia, de nostalgia, y también de desencanto. Hay un trasfondo de ausencia, de vacío, de lo que no está o no fue; de memoranzas./ Se registra el paso inexorable del tiempo con cierto desapego, sin angustia. Se percibe una esperanza retenida en el aparecer de otras dimensiones. Es una dolorosa peregrinación impregnada de lirismo, con cierto dejo de elegía que sugiere por momentos como una marcha fúnebre solemne y acompañada, en su desarrollo épico; en clamor por el destino incomprendible de la especie y de su relación ignorada con el cosmos./ Hay un contrapunto sostenido entre lo perteneciente a lo humano y la omnipresencia de una naturaleza autónoma que es más que el escenario de los actos. El lenguaje y el silencio se entrecruzan y oponen en diversos encuentros. Hay un escepticismo sobre la posibilidad del verdadero diálogo; sobre el engaño de la pasión y una sobria y medida valoración de algún tipo de amor./ El poeta, como un

espectador, pasea su mirada inquisitiva por los distintos escenarios de la condición humana; de su tragedia y de su desesperanza. La salvación tiene sin embargo su punto de encuentro en la belleza de mundos ajenos a lo humano." Cecilia Balcázar de Bucher (Bogotá, 03.VIII.2010)

"... bello poemario tejido con hilos de sutileza que le dan una honda ingravidez. Recurro a la impertinencia de esta metáfora para calificar lo innombrable. Me gustaron particularmente poemas como el identificado con el número 128." Valentina Marulanda (Caracas, 08.VIII.2010)

"... Los textos fluyen como la paz de un río en primavera y hay en el fondo como un desasosiego que nos impone tu experiencia, tal parece que edificas como leyes de Manú un mundo donde asumes todo lo que pasa, incluso desde lo aparente. Tu verso tiene la fuerza de esos amaneceres y de esos paisajes que nos dibujas, y tiene tu palabra un gran sortilegio por descubrir al hombre y descubrirse..." Luis Manuel Pérez Boitel (Remedios, Villa Clara, Cuba; 08.VIII.2010)

"Maestro: felices gracias por hacer llegar a mis manos sus milenarios clamores. Por primera vez en la vida un libro me llega por correo como un viajero del viento. Reiteradas cuestiones del decir de un hombre que denuncia la tiranía del sol. Seremos nuestro propio tiempo para su apacible lectura." Pedro Zapata (Medellín, 28.IX.10)

“... Bellísimo, denso, conceptual y sensible. Una palabra o concepto reiterado: el destino. Otra, lo aleatorio. Otra imagen: la elocuencia del silencio. En fin, la poesía permite el habla del mundo, la dicción de la naturaleza callada, la sorpresa de un diálogo del pensamiento con todo aquello que toca, ausculta, otea.” Gabriel Restrepo-Forero (Bogotá, 14.X.2010)

“... ¡Qué regalo maravilloso para este dulce amanecer sabanero! Lo he leído de un tirón al pie de la taza de

café espumoso y delirante. Es un libro retador del tiempo y a la vez visionario del devenir del hombre actual. Además, encuentro que no hay reinvención más exacta de esta Colombia de comienzos del siglo XXI que la que nos revelas a través de cada poema, hecho de lluvia y silencios, de ruinas de palabras y esperanzas lejanas. Te felicito por este libro hermoso, audaz, único y rotundo de hechizos sonoros...” José Luis Díaz-Granados (Bogotá, 18.X.2010)

**Patronato histórico de la Revista.** Alfonso Carvajal-Escobar (✉), Marta Traba (✉), Bernardo Trejos-Arcila, Jorge Ramírez-Giraldo (✉), Luciano Mora-Osejo, José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía, Jesús Mejía-Ossa, Guillermo Botero-Gutiérrez (✉), Mirta Negreira-Lucas (✉), Bernardo Ramírez (✉), Livia González, Matilde Espinosa (✉), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (✉), Antonio Gallego-Uribe (✉), Santiago Moreno G., Eduardo López-Villegas, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Rodrigo Ramírez-Cardona (✉), Norma Velásquez-Garcés, Valentina Marulanda, Luis-Eduardo Mora O. (✉), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Guillermo Páramo-Rocha, Carlos Gaviria-Díaz, Humberto Mora O., Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Ángela-María Botero, Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur, Mario Spaggiari-Jaramillo (✉), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Jorge Maldonado (✉), María-Leonor Villada S., María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (✉), Jorge Consuegra-Amador, Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Lino Jaramillo O., Alejandro Dávila A.

# Colaboradores

**Beatriz Caballero.** Titiritera, guionista, autora de libros para niños y jóvenes como “Un Bolívar para colorear”, “¡Pégale duro, Joey!”, “Las siete vidas de Agustín Codazzi”, “Cuaderno de novios”. Hija de Eduardo Caballero-Calderón.

**Armando Romero** (Cali, Colombia 1944). Perteneció al grupo inicial del nadaísmo, movimiento vanguardista literario de la década del 60 en Colombia. Viajó y residió en varios países de América, Europa y Asia, entre ellos México y Venezuela. En Grecia escribió su primera novela, *Un día entre las cruces* (1993) y el libro de poemas, *Cuatro Líneas* (2002). Entre sus libros figuran: Poesía: *Los móviles del sueño* (Premio Mérida de Poesía, 1975); *El poeta de vidrio* (Caracas, 1979); *A rienda suelta* (Buenos Aires, 1991), *Agion Oros- El Monte santo* (Caracas, 2001), *A vista del tiempo* (Medellín, 2005); Cuentos: *El demonio y su mano* (Caracas, 1975); *La casa de los vespertílios* (Caracas, 1982); *La esquina del movimiento* (Caracas, 1992); *La raíz de las bestias* (México, 2005); y las novelas: *Un día entre las cruces* (Bogotá, 1993); *La piel por la piel* (Caracas, 1997) y *La rueda de Chicago* (Bogotá, 2004). Esta novela ganó el Premio a la mejor novela de aventura (Latino Book Festival, New York, 2005). Su obra ha sido traducida al inglés, italiano, francés, portugués, griego, árabe, rumano y alemán. Ha sido distinguido con el título de Charles Phelps Taft Professor de la Universidad de Cincinnati. En el 2008 recibió el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Atenas, Grecia.

**J.G. Cobo-Borda** (Bogotá, 1948). Ensayista, poeta, antologista y diplomático, miembro de número de la Academia Colombiana de la lengua, autor, entre otros, de los siguientes libros: “Para llegar a García-Márquez”, “Silva, Arciniegas, Mutis y García-Márquez”, “Desocupado lector”, “Historia portátil de la poesía colombiana (1880-1995)”, “El coloquio Americano”, “Mis pintores”, “Historia de la poesía colombiana – siglo XX”, “Todos los poetas son santos”, “Dibujos hechos al azar de lugares que cruzaron mis ojos”, “La musa inclemente”, etc.

**Manuel Cortés-Castañeda.** Nació en Rivera, Huila, Colombia. Trasladado desde muy niño a Florencia, Caquetá, cursó en esa ciudad de la Amazonía colombiana sus estudios primarios y secundarios. Terminó su licenciatura en español y literatura en la Universidad Nacional Pedagógica, (Bogotá). Después de graduarse, trabajó como

director y actor de teatro. Su interés principal fue el teatro del absurdo de Beckett-Ionesco y el teatro pánico de Arrabal. Cursó estudios de doctorado en la universidad Complutense (Madrid). Enseña español y literatura siglo XX en Eastern Kentucky University (USA). Ha publicado seis libros de poesía: *Trazos al margen*. Madrid, España: Ediciones Clown, 1990; *Prohibido fijar avisos*. Madrid, España: Editorial Betania, 1991; *Caja de iniquidades*. Valparaíso, Chile: Editorial Vertiente, 1995; *El espejo del otro*. París, Francia: Editions Ellgé, 1998. *Aperitivos*, Xalapa, México: Editorial Graffiti, 2004; *Clic*. Puebla, México: Editorial Lunareada, 2005. Dos antologías de su trabajo literario han aparecido recientemente: *Delitos menores*, Cali, Colombia: Programa editorial Universidad del Valle. Colección Escala de Jacob, 2006. Oglinda Celuilalt, Cluj-Napoca, Rumania: Casa Cărpăii de Țimșă, 2006. Ha sido incluido en antologías tales como *Trayecto contiguo*. Madrid, España: Editorial Betania, 1993; *Los pasajeros del arca*. La Plata, Buenos Aires, Argentina: El Editor Interamericano, 1994. *Libro de bitácora*. La Plata, Buenos Aires, Argentina: El Editor Interamericano, 1996. *Donde mora el amor*. La Plata, Buenos Aires, Argentina: El Editor Interamericano, 1997. Además, escribe sobre poesía, cuento y cine. Actualmente está traduciendo al español textos de poetas norteamericanos de las últimas décadas: Charles Bernstein, Leslie Scalapino, Andrei Codrescu, Susan Howe y Janine Canan entre otros. Manuel es director de la revista virtual [delitosmenores.com](http://delitosmenores.com).

**Rodolfo Guzmán.** Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá. Obtuvo su Maestría y Ph.D en literatura latinoamericana con concentración en estudios coloniales en La Johns Hopkins University. También obtuvo maestría en Comunicación Intercultural de la Universidad de Maryland. Actualmente es Profesor Asociado en el Departamento de Spanish and Hispanic Studies de Earlham College, Indiana. Su área de investigación incluye la historia de las ideas y sus manifestaciones en textos coloniales, la experiencia socio cultural Afrohispana, y las narrativas indígenas de la región Andina. Artículos suyos han sido publicados en revistas de Colombia, Venezuela y Estados Unidos.

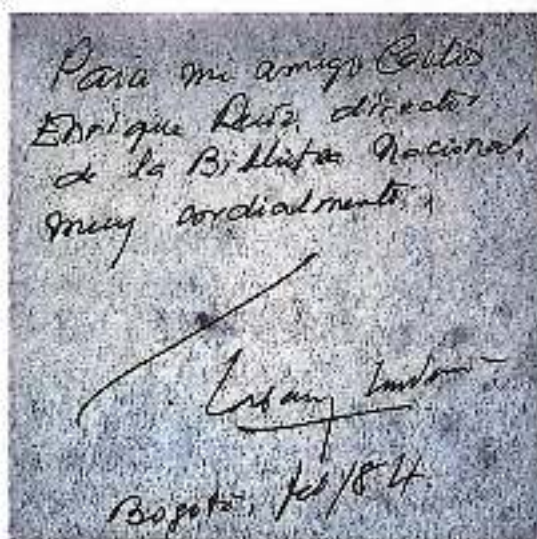
**Antonio Garcia-Lozada.** Doctor en Literatura Latinoamericana, de la Universidad de Maryland, College Park. En la actualidad es profesor de literatura hispanoamericana y Subdirector del "Centro de Estudios Latinos, del Caribe y América Latina" en la Universidad Central de Connecticut. Sus colaboraciones han aparecido en *Anthropos*, *Quimera*, *Hispanamérica*, *Revista de Estudios de Literatura Colombiana de la Universidad de Antioquia*, *Mapocho*, *Aleph e Inti*, entre otras publicaciones. Ha sido invitado a dictar conferencias en la Universidad de Bonn (Alemania), Universidad Inter-Americana (Puerto Rico), Universidad

de Málaga (España) y Universidad Paul Verlaine (Francia). También ha participado en encuentros literarios realizados en Guadalajara, Salamanca, Milán, Madrid y otras ciudades. En la actualidad trabaja simultáneamente en dos proyectos de investigación, próximos a publicarse, se titulan: "La visión crítica de Europa a través de la literatura latinoamericana", y "Poética de Andrés Bello".

**Jorge-Abel Carmona M.** Nacido en 1978; Antropólogo egresado de la Universidad de Caldas (Manizales, Col.)

**Jairo Ruiz-Mejía.** Licenciado en Educación, de la Universidad de Caldas, e Ingeniero Electrónico, de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales. Docente en la secundaria. Trabaja en áreas de ciencias y letras.

**Pilar González-Gómez.** Psicóloga clínica y dibujante; ha ilustrado número significativo de ediciones de esta publicación desde 1989. Reside y labora en Madrid (España). Ha realizado estudios de diseño gráfico, dibujo, grabado y pintura en: "Creative Arts Workshop" (New Haven, USA); "Taller de expresión libre", "Taller-estudio de Teresa Muñoz" y en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Ha expuesto en: Hospital de Yale (New Haven), Sala Kamarandanga (Madrid), Ateneo de Madrid, Concejalía de Cultura de Cartagena, Fundación Caja de Barcelona, Junta Municipal de Tetuán. Tuvo a su cargo el diseño gráfico de la "Revista Síntesis" (Madrid), autora de mural en la "Residencia El Retorno", destinada a los niños de la guerra que regresaron a España tras la Transición (Alalpardo, Algete, Madrid). Como psicóloga clínica de alta formación académica, ejerce la consulta particular y es cofundadora de la "Asociación para la promoción de encuentros y vínculos intergeneracionales (APEVI).

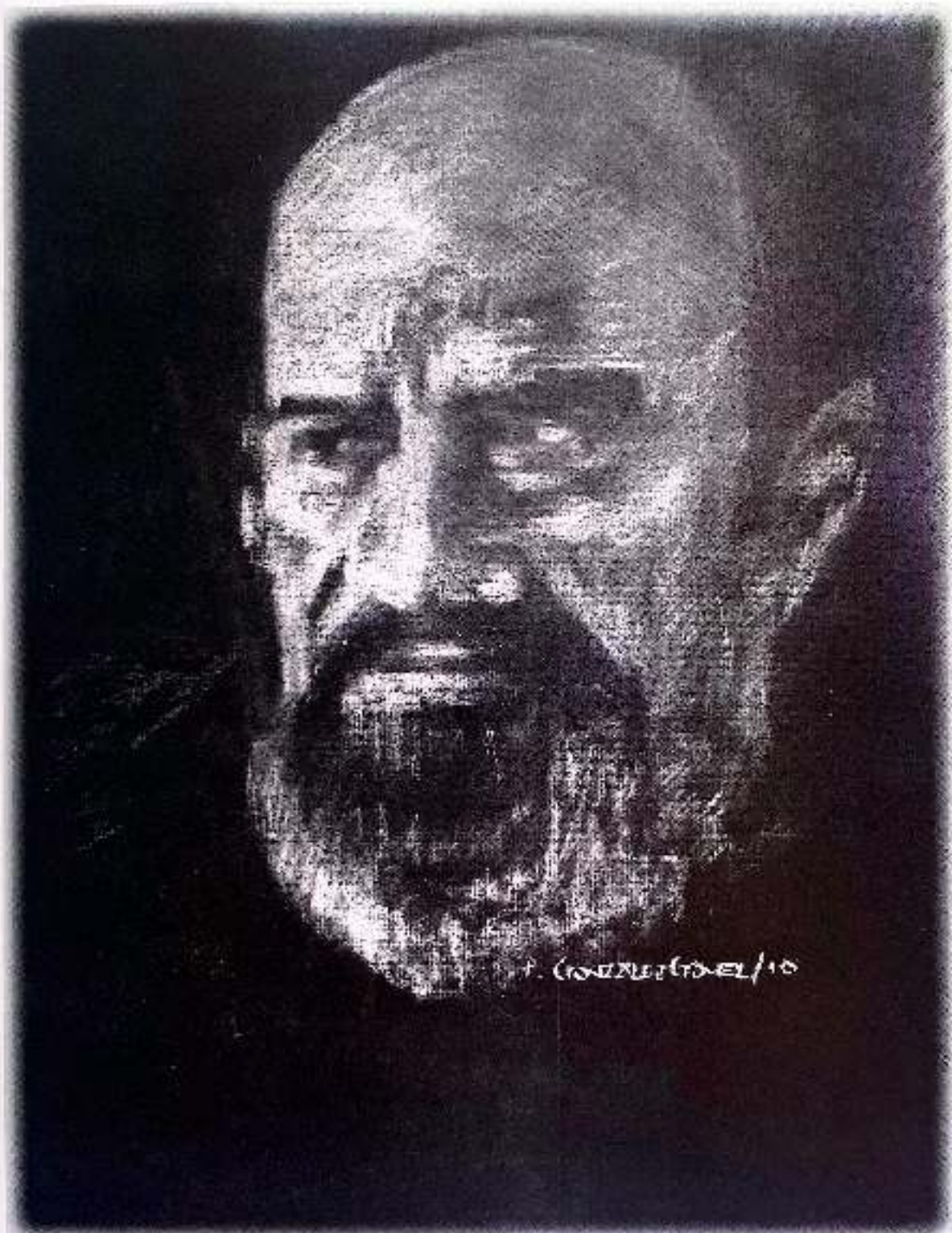


Para mi amigo Carlos  
Enrique Ruiz, director  
de la Biblioteca Nacional,  
muy cordialmente.

Eduardo Caballero

Bogotá, Feb/84.

E. Caballero-Calderón



*Pilar González Gómez*

**Edición monográfica dedicada a la obra de  
Eduardo Caballero-Calderón**

"Caín" / Manuscrito autógrafo <i>/Eduardo Caballero-Calderón/</i>	1
Tipacoque existe <i>/Beatriz Caballero/</i>	2
Un caballero andante <i>/Armando Romero/</i>	10
España, el Quijote y Azorín viajan con Caballero-Calderón <i>/Juan Gustavo Cobo-Borda/</i>	17
"Ancha es Castilla, guía espiritual de España": de la mano de Dios y con los ojos del Imperio <i>/Manuel Cortés-Castañeda/</i>	24
Americanos y europeos o la angustia del criollo del siglo XX <i>/Rodolfo Guzmán/</i>	35
París espacio (des)humanizante en "El buen salvaje" <i>/Antonio García-Lozada/</i>	51
El gamonal en la obra de Caballero-Calderón <i>/Jorge-Abel Carmona M./</i>	59
"Manuel Pacho" – Reseña <i>/Jairo Ruiz-Mejía/</i>	67
N O T A S	
/Palabras en el funeral de Carlos Patiño-Rosselli (por: Cecilia Balcázar de Bucher)/ Hemos recibido... /Nos escriben.../ Palabras de un homenaje (por: Manuel García-López)/ Recepción del poemario "El clamor de la clepsidra"/ Patronato histórico de la Revista/	70
Colaboradores	78